

Escaleras

1

Escuela No 47

Guillermo Moreno

"El Chocoy" - "El Blastay" o "Martay" -
"Brujerias" (narraciones)





Escaleras - Escuela N.º 47

1
2

Guillermo Morem

Narración de D. Eleodoro Galindez de 80 años. Persona conocida. Minero de profesión y que trabajó con el extinto Ignacio Morem las minas "Urquiza" y "Blanca" del distrito minero "Ampallav".

X "El chocoy"

En el local de ubicación de la escuela nacional N.º 47, existen unas ruinas ó sean unas piezas inhabitables que por la acción de los años transcurridos han quedado en aquel estado. En esta casa vivían dos españoles de la Provincia de Aragón y que en esta localidad eran conocidos por los "Aragoneces". La casa fue construído por ellos. Uno, de apellido Leitas y el otro Echevarria trabajaban una mina, que denominaron "el chocoy" y según las narraciones, era esta la más rica que "el Jamatina" ha producido.

Dada la abundancia y la riqueza del mineral que extraían de "el chocoy", resolvieron los dos Aragoneces la construcción de un establecimiento de amalgamación consistente en un trapiche para moler el mineral, una rueda con dos grandes toneles para amalgamar los residuos que quedaban del trapiche y una refoga para la quema de las piñas. Las piedras del trapiche existen aun y es de notoriedad de las personas más viejas, que eran con las piedras que los "Aragoneces" molían el mineral.

Había sido tan abundante el mineral y rico, que no tardó mucho a que los "Aragoneces" dis-

frutaban de una enorme riqueza. Era tanta la cantidad de pinas que poseían, que ya no tenían donde guardarlas y obtaron por hacer entierros de éstas por no tener otros medios de seguridad.

Los indios del pueblo, conocedores de la riqueza de los "Aragoneses", empezaron por perseguirlos. Los indios, vureaban "El Chocoy" y como no daban con él, seguían en la persecución de aquellos. Leñas muris. Echevarría requiría su trabajo.

Un día había ido una comisión mandada por la autoridad del pueblo (Jamatina) a tomar a Echevarría. Éste, según las crónicas era un hombre vivo, buen tirador y de construcción fuerte.

Una vez la comisión en Encaleras, casa de éste, le hizo preparar un buen almuerzo y bastante vino. Mientras se comía y se bebía, Echevarría hizo encillar su mula favorita, preparándose convenientemente para un largo viaje. Cuando ya los comisionados se encontraban bastante alegres por los muchos tragos que bebieron, en un decuido, Echevarría les cerró la puerta y les echó llave. Luego subió en su mula y tomó rumbo a Chile.

Los encerrados no tenían por donde salir. El cuarto donde quedaron tenía una sola puerta y una ventana con rejas de fierro. La muralla de un metro y medio de espesor, hacían imposible la pronta salida de aquellos. Sin embargo, con mucho trabajo, rompieron la muralla y una vez a fuera, requirieron al "Aragones". Le dieron alcance, pero como el Aragonés era buen tirador, se defendió a valazos y no lo prendieron. Fue a Chile. Allí requirieron

perniquiéndolo. Paró a Bolivia y de esta a Tucumán. En este punto lo tomaron. Como tenia que ser fusilado, lo hicieron confesar con un cura de apellido Colombres. A este le manifestó todos sus entierros de pías de plata que tenia hechos en Encalenas, con todos los datos y señales. El famoso cura manifestó despues que el Aragonés era un hombre peligroso y que debian fusilarlo. En efecto, asi se hizo. El aragonés fué parado por las armas. Despues el buen cura se vino a Encalenas. Comprobó la exactitud de los datos dados por Echevarria, se puso a cabar los entierros dejados por aquel y de cuya cosecha sacó siete cajas de pías de plata y volvio, muy satisfecho a su tierra natal Tucumán.

Segun las narraciones de los mas antiguos se dice que aun existen en la localidad entierros de aquel mineral y que no solo el cura que confesó a Echevarria sacó, sino algunos otros vecinos de esta region obtuvieron el precioso mineral por haberse manifestado su posicion holgada sin mayor esfuerzo de trabajo.

No hay duda de que se ha buscado por todas partes y que existen buenos intencionados en continuar la perquisia del cura Colombres, tambien los hay en la region. Enmientranse todavia las huellas de pozos por todas partes y que yo, siendo niño, mandado por mi extinto padre Ignacio Morán, hice un gran pozo marcando las pías. No se dió con nada por haber sido ya cobado el sitio elegido por mi padre.

A propósito de esto, recuerde lo que me contaron, hacen diez años, Facundo Beate, hombre de noventa años, vecino del distrito Arguelos de este departamento. Dice que el

padre cuando niño era peon de los "Aragoneces". Un día que lo pusieron a cavar una zanja. Cuando ya esta cubría de alguna profundidad, lo hicieron suspender y lo mandaron a Flamatina a buscar viveres para la casa. Cuando volvió, ya tarde, fue a ver la zanja y la encontró plantada de cebollas. Perseguen, entonces, que en esa zanja habían pimientos enterrados.

Lo misterioso hasta ahora es que nadie ha encontrado "El Chocoy", mina trabajada por los "Aragoneces" y de cuya riqueza es de notoriedad, datando, según las versiones de allí por el año 1572. Han buscado "El Chocoy" valiéndose de derroteros traídos de España pero que aquella mina de famosa riqueza, no ha sido encontrada.





Encaleras - Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Narración de Nicolás Carriazo referida a éste por el abuelo del mismo, D. Miguel Luna

"El Llastay" o "Yastay"

D. Miguel Luna, vecino del distrito Titul del departamento Sanmatina, que poseía una estancia. El encargado del cuidado de la hacienda, D. Santiago Baigorri que se dedicaba, con mucha frecuencia, a la caza de guanacos por medio de corceias que hacía con perros especiales para ese fin.

En tantas corceias que hizo, nunca le había pasado lo que en la última le pasó. Un día, largó los perros tras de una buena manada de guanacos. Estos habían seguido a aquellos una enorme distancia. Pasaron días y los perros no volaban. En vista de esto, su dueño, Baigorri, salió a buscarlos. Por mar que recorrió la tierra no los encontró. Pues los perros habían ido a un lugar ignorado por Baigorri e ignorado por muchos. Tanto anduvo Baigorri buscando los perros, hasta que por fin dio con un pequeño rancho. Entró, saliendo le a su encuentro un hombre de pequeña estatura, con un gorro colorado y cuernos de plata. Este era el "Llastay" o "Yastay". Rey de los guanacos o dueño de los mismos, según las tradiciones antiguas. No fue chica la sorpresa del perseguidor de guanacos, D. Santiago Baigorri, al encontrarse con el "Llastay", conocido ya de nombre y por sus terribles antecedentes.

Interrogado por el "Llantay" acerca del objeto que lo llevaba, éste le contó que iba en busca de unos perros que se le han desaparecido siguiendo unos guanacos. Entonces el pequeño hombre le condujo a un soberbio edificio, donde había un extenso patio. "Ahí están los perros que busca", le dijo. En efecto, eran esos y notó que estaban amarrados con cadenas de plata. Luego lo hizo ver una cantidad de guanaquitos huachos (huérfanos). Esto es, le decía el "Llantay" "a causa que me hacen matar con los perros las guanacas madres, haciéndome un gran perjuicio". En seguida lo encerró en un cuarto con la terrible sentencia de que "ahí permanecerá dos años sin dejarlos volver, en castigo del daño que le hizo".

La familia de Baigorri y D. Miguel Laura, patrón de aquel, lo buscaban inútilmente. Pocos días daban noticias.

Transcurridos los dos años de prisión sentenciados por el "Llantay", llamó al preso, regalándole unas alforjas llenas de guano de guanaco y le dijo: "cuando tengas necesidad, sacas de un lado de la alforja un guano que se convertirá en moneda de plata. Sacas del otro lado otro guano que se convertirá en moneda de oro". "Lleva también esta figura plana de forma de guanaco. Cuando quieras cazar alguno, soplas la figura y se vendrá el guanaco que deseas. Todo esto con la condición que no descubras el secreto por que si lo descubres, serás perdido".

En esto, el hombre se marchó a la casa con sus perros. Llegado a ella, no tuvo valor de avisar donde estuvo ni como la pasó durante aquel tiempo.

Por fin este hombre se enfermó. Llamaron

al cura para que lo confiese y se premi-
me que a él le confió el secreto, pero
no pudo darle la absolución por que
se horrorizó tanto del relato como de
la cantidad de piojos que rodeaban
el cuerpo del infante



Escaleras - Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Narración de Aparición del fanto
de 86 años presenciada por vecinos caracte-
terizados en la época que ocurrió.

Brujería

Habia en Plaza Vieja, distrito del
departamento Gamatuna, una señora llama-
da Martina Soria, la cual habia ido nose
con que ocurrencia a la casa de una veci-
na, amiga suya.

Después de algun rato de conversacion
le sirvieron la duena de casa una copita de
aguardiente, que la otra la tomo sin incoe-
niente. No bien bebió el liquido, se noto que
le pasava algo extraño; no sabia si era enfer-
medad o que le sucedia.

Por la noche, estando en cama con
su esposo, habia dado un salto de la cama
encontrándose completamente desnuda. La
camisa que tenia puesta se le desapareció
como por encanto.

Desde esa noche la señora parecia
haber quedado mal de la cabeza. Hablaba
muchas cosas fuera de si, pero que eran cier-
tas. Además activinaba donde estaban las
cosas perdidas.

Los vecinos, alarmados de lo que
ocurría, iban a la curiosidad y presencian-
ban varias cosas. Entre otras, cuando estornu-
daba que botava por la nariz semillas,
terroncitos y vasuritas de varias clases.



Como dieron cuenta a la autoridad de lo que ocurría, este llamó a varios vecinos de los rios caracterizados como testigos para que presencien lo que había

Estando la autoridad y varias personas allí presentes, que dice la señora "ya me viene". Enturmidó y boto' por la mariz terno nes, semillas, vasuras, de los que habían recogido las personas allí presentes.

Pero no es esto solamente lo que le ocurrió a la pobre señora. Noches después se había enfermado, al parecer, de parto, sin que ella estuviera en cinta. Fue tal la sorpresa del esposo cuando vio que esta dió a luz la misma camira que se le desapareció la noche que se enfermó.

La autoridad y testigos que presenciaron lo sucedido en aquel tiempo eran D. José Manuel Noroña (autoridad), D. Francisco Barcoñan, Eustaquio del Cante y otros que no recuerdo por el momento.





Escaleras

Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Narración de Aparición del Canto de
86 años, premiada por Cuiña del Canto de Baracuan
en época de lo ocurrido

Brujería

Por el año 1856 trabajaban en casa
de D. Francisco Baracuan, Severo y Vicente Gon-
zález poniendo barro en el techo de la casa
del primero. En momentos que levantaban el
barro para arriba, veían que el capacho, (es-
pecie de balde de cuero) iba vacío con encumbramientos
de gente. Viendo los trabajadores que esto se repe-
tía ya por varias veces, llamaron a la señora
Cuiña del Canto de Baracuan para que presenciara
lo que ocurría. No bien fue ella al lugar de
referencia, la acción no se repitió, pero inme-
diatamente se retiró; volvió nuevamente a en-
visiarse con el mismo encumbramiento, el capacho
de referencia.

Por la noche, estando toda la gente de la casa
reunida en el patio de la misma a la luz de la
luna, sintieron que por el aire iba un pájaro
gritando: "Severo", "Severo", "Severo". Este era el
nombre de uno de los peones que trabajaba
techando el barro en la casa.

FOJA EN

BLANCO

Escaleras

Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

"El rey con cartas" (cuento)



Escaleras - Escuela N.º 47¹⁰

Guillermo Morem

aparición del Canto de 86 años de edad.

El rey con astas (cuento)

Habia en un tiempo un rey que se decía ser muy malo. Se hizo terrible a causa de que siempre que se había cortar el cabello, el peluquero que lo hacía, en breve desaparecía. Pero como era rey, ninguno se atrevía a negarse en ese sentido, por temor de que le sucediera algo malo y sin embargo, era igual puerto que luego los hacía matar.

Resultó que cada peluquero que le hacía el cabello, decía: "el rey tiene astas". Esto era suficiente para que el pobre peluquero sea perdido. Un día, por fin, encontró uno que tuvo la buena condición de ver y callar. Cumplió con su misión sin decir una palabra, guardando así el secreto para siempre. Transcurrió así algún tiempo y el peluquero notó que su vientre crecía considerablemente. Inmediatamente atribuyó que la causa de aquel crecimiento era la no divulgación del secreto que el rey tiene astas. Entonces se fue al rincón de una quinta, hizo un agujero en una tapia y con las manos puestas en la boca del agujero, dijo en voz baja: "el rey tiene astas".

El tiempo siguió su curso y con esto las ruinas de la tapia que guardaba el secreto. En el paraje que cayó la misma,

se habían plantado unas cañas. Con el tiempo estas ya maduras, los muchachos del lugar cortaban trozos de cañas para hacer flautas, las que al sonar decían claramente: "El rey tiene astas, el rey tiene astas".

Escaleras

Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Adivinanzas



Oscaleras Escuela N° 47.



Guillermo Moreno

Adivinanzas reopidas de los más antiguos
de la localidad.

Herido en la cruz estoy
Clavado de pies y manos
Sin ser tu semejanza
Adivina quien soy yo

Solución - Caballo herido y maltratado

Alta como torre, misa que no se oye
Solución - Altamisa.

Cata que no vuela,
marca que no quema
Solución - Catamarca.

Arca como costilla
Redonda como tortilla.
Solución - La luna.

Garra pero no de cuero
Pata pero no de perro.
Solución - garapata.

Tengo una sábana
que no se puede doblar
Una plata que no se puede contar
Y una torta que no se puede quebrar.
Solución - el cielo, las estrellas y la luna.

(2)

Madre hojosa, hija donosa y nieta
parlosa.

Solución - la vid, su fruta y vino.

Tronco de bronce, hojas de esmeralda, flor de
plata y fruto de oro.

Solución - el naranjo.

En blancos pañales nací
En verde me bauticé,
Como sería mi suerte,

Que en amarillo quedé.

Solución - el peral.

En alto muy alto
Me quisiera ver
por que los moros
me quieren comer.

Solución - el durazno

Palo liso, palo liso
de solo verte me temozgo

Solución - la víbora

En alto teje y en alto adora

En alto teje la tejedora

Solución - la araña.

En los campos campiranos
Hay un padre franciscano
tiene barbas y no es hombre
tiene dientes y no come.

Solución - el trigo.



(3)

12
13



Mulita mora con rienditas en la cola.
Solución - la aguja.

En España soy nacida
En las Indias soy vendida
Y si me largan sin roga
Soy perdida.
Solución - la aguja.

Eras un monte espeso, brama un toro sin cabeza
Solución - el trueno.

Se abre y se cierra, como fusil en guerra.
Solución - relámpago.

Galán caballero
De capa rosada
Pantalón blanco
Y sombrero negro.
Solución - candelero y vela.

Tengo un arbolito con doce gajos
Cada gajo tiene su nido
Y cada nido su nombre,
que adivine el más hombre.
Solución - el año y sus meses.

La prenda que se arma
¿Cómo se llama?
Solución - la sobrecama.

El que lo hace no lo usa
El que lo usa no lo ve
El que lo ve no lo desea

(4)

Formas bonito que sea.

Solución - cdjei mortuoria

Pampas blancas semillas negras.

Solución - el papel y las letras

Tengo una vieja con un diente
que llama a toda su gente

Solución - la campana

Tengo una ollita llena de huesos
que no la vendo ni por cien pesos.

Solución - la boca y los dientes

Algunos tienen todo otros la mitad
y otros no tienen nada.

Solución - el padre y la madre.

Cinco hermanas andan justas

juntas por un compás,

Para que una se vista

Las otras se han de desnudar

Solución - las agujas de tejer medias.

En aquel campo raso

Tengo una negra sin brazos

que para comerle el corazón

La hago pedazos.

Solución - la sandía.

Olla de carne, tumba de fierro.

Solución - el freno y la boca del animal.

Siete tiradores en un prado

(5)

13
14



A siete palomas tiraron
Cada cual volteó la suya
Las demás se volaron.

Solución - Cada cual.

Habla sin tener lengua
Anda sin tener pies
Adivina lo que es.

Solución - las cartas.

Ponete antarca yo de nodillas
En la barriga te haré esquiillas.

Solución - la sonana.

Del tamaño de una casuela
Tiene alas y no vuela.

Solución - el sombrero

Vaquita tosca de colita roca.

Solución - la espuela.

En los ojos tengo dos puntas
Con las piernas tengo los ojos
Para hacerme trabajar
Los ojos me han de tapar

Solución - las tijeras

Legra minera, mano en cadera.

Solución - la olla.

En alto y en alturas

Baila la ventura.

Corta sin tijeras

Y vese sin costuras. (Solución) - las nubes

(6)

Trancos banancos mecharos blancos

Solución - el avestruz

Ohillejo ohillejo cara de indio viejo

Solución - el quirquincho.



Escaleras

14

Escuela N.º 47

15

Guillermo Moreno

Supersticiones





Escaleras - Escuela N.º 47

16¹⁵

Guillermo Moreno

Supersticiones relativas a algunas aves y otros animales

Cuando la lechuzca se para en las casas ó cerca de ellas, es señal que alguna persona muere

Cuando los gallos cantan antes de hora, que es señal de cambio de tiempo

Cuando canta la balandía que viene el frío.

Cuando canta el ventoso, que vienen visitas

Cuando el gato se lava la cara es señal de que vendrán visitas

Cuando el perro se pone de espaldas es señal que alguien muere

Cuando se mata un cordero, cerdo ó vacuno, se le pone sangre en el ojo después de muerto para que rinda la hacienda

Cuando los caballos retozan, que es señal de mal tiempo

Cuando los perros aullan, que ven alguna cosa mala

Supersticiones relativas a fenómenos naturales

Cuando se aproxima alguna tempestad de granizo o piedra, la hija o hijo mayor de una familia, toma un puñado de ceniza y hace una cruz con ella en el suelo para que calme aquella.

Cuando se ve fuego fatuo, es señal de que en el sitio que se apaga, hay riquezas escondidas.

Cuando recién se ve la luna y está inclinada para el norte que anuncia viento; cuando está derecha, anuncia muerte.

Incaleras

Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Vidalitas





Encalinas - Escuela N.º 47

17
18

Guillermo Moreno

Vidalitas de Bernardo Chacoma
de 76 años

Allicquense compañeros
Como trompos a la troya
Oirán mi ronca voz
A la moda de Curroya.

A esta ^{cord} he llegado
Sin saber a quien nombrar
Si al discípulo de Cristo
O al dueño de este lugar

En el uso del tambor
Tengo de pintar el sol
Mar abajito la luna
Entre medio el corazón.

Para esto de la vidalita
Soy un diciendo y haciendo,
Cuando oigo tocar el tamborito
Me voy aun que sea durmiente

Lántima que he de morir
Y no he de dejar semilla
Pero tengo un muchachito
De tal palo tal artilla.

De tanto contar la vidada
Me han salido estas canas
Como que me muera de viejo
No se me quitarán las ganas

Cuando la noche a derriba
Le oigo los golpes al sueño
Hay de mis prendas que se han ido
Cariendo siendo dueño

¿A donde has estado amigo
Todo el día te he buscado
No he dejado alma viviente
Que de vos no he preguntado

Gracias a Dios que ha venido
Con quien deseaba cantar
Con quien entiendo mi letra
Y me deviente un pesar

Cante, cante compañero
Que copla no le ha de faltar
Tengo una petaca llena
Y un saco por desatar

Voy a largarme cantando
Como por donde corre el agua
Allí corren mis amores
Como el acero en la fragua

Voy a largarme cantando
Distando por un barrial
Verán ovejear mis coplas
Como uvas en un parral

Que haremos compañeritos
Con tanta gente sentada
Parecen zapallos helados
De las corechas paradis

Los cabellos de mi vida
Son crespitos, son crespitos
Le caen por la cara
Rasinitos, rasinitos

Hacen lunas y menguantes
A lo que te ando por hablar
La vergüenza me retira
Y tu amor me hace llegar

En la plaza raya el sol
Y en el cabildo la luna
Como quieres que te obide
Sin esperanza ninguna

Las cadenas se quebratan
Del que solo vive amando
Un corazón sin amor
Conozco que voy pagando

Mi oficio es andar de noche
En venturas procurando
Y volver de mis agencias
Cuando el día está aclarando

A una selva solitaria
Me retiré a vivir
A llorar mi desventura
Que tu amor me hizo sentir

panecitos
sentada
helados
paradis

Los campos y las montañas
Florecen a costa mía
Con el riego de mi vista
Viéndolos a cada día.

mi vida
crepitos
cara
mitos.

Como árbol marchito estoy
Cuando no te puedo ver
Con el riego de tu vista
Yo vuelvo a revivir

menquantes
por hablar
me retira
huce llegar.

- Cuatro leguas he corrido
Niña, para verte a ver
Concedeme un jarro de agua
Que venga muerito de sed

aya el sol
la luna
te olvide
ninguna.

- No tengo jarro ni jarra
Ni en qué darte de beber
Pero tengo mi boquita
Que es mas dulce que la miel

quebratan
e amando
ia amor
y pagando

- No lo hago tanto por la dulzura
Ni tampoco por la miel
Sino por el berrite
Que me ofrecistes ayer

tar de noche
rocurando
ajencias
ita aclarando

solitaria
vivir
derventura
e hizo sentir.

Escaleras

19
20

Escuela N° 47

Guillermo Moreno

Bailes





Escaleras. Escuela N° 47

Guillermo Moreno

Magdalena de Bearte 80 años de edad

Baile los aires

Cuales son aquellos aires
Mas puros y más bellos
Son aquellos que los llaman piojos
Que se paran por el cuello

Cuales son aquellos aires
Mas puros y más spacos
Son aquellos que viven en la sierra
Y que les llaman guanacos

El remedio (baile)

Sali remedio sali
Sali que te quero ver
Sali a curar el amor
Sali si sabes querer.

Cuando (baile)

Cuando será aquel día
De aquella feliz mañana
Que nos lleren a los dos
El chocolate a la cama

Los jóvenes de hoy en día
Son como el alacran
Si no les gusta una cosa
Paran la cola y se van.

Caramba (baile)

Caramba, caramba me pides
Caramba, caramba te doy
Y toma otro caramba,
Caramba que ya me voy.

Huella (baile)

A la huella huella
Huella sin cesar
Cuando un amante pierda
Otro he de encontrar.

Chacarera (baile)

Vamonos chacarerita
Chacarera de las rosas
Como no cuidas tu chacra
Chacarera buena onosa.

Vamonos chacarerita
Chacarera de los baños
Como no cuidas tu chacra
Que de noche son los daños.

Vamonos chacarerita
Chacarera de Antipaco
Como no cuidas tu chacra
Que la comen los guanacos.

Cueca (baile)

Cuando salgas a los campos
Y te den los aires fríos
No digas que son los aires
Sino los suspiros míos

En la mina Aragonesa
Y trabajo en el socabón
Con el combo a la paleta
Pensando en mi corazón.

Quien es ese que baila
Con tanto rumbo
Ese es don Pedro Vega
La flor del mundo!

Marigueta (baile)

Marigueta muchacha
Tu madre viene
Echale una mentira
Antes que llegue.

Hay que me lleva el agua
Hay que me lleva el rto
Préstame tu pañuelo
Corazón mío, corazón mío.

Gato (baile)

Una vieja muy vieja
Del tiempo de chaucha
Bailaba con espuelas
La vieja gaucha.

(baile)
s campos
fríos
los aires
miños

Una vieja y otra vieja
y otra vieja ya eran tres
Se tiraban las arrugas
Por ser mosas otra vez

gonesa
abón
paleta
corazón.

Al saltar una acequia
Dijo una coja
Agarrame de la pata
Que se me moja.

baila
bo
Vega
ndo.

Una mujer y una liebre
Se pusieron a correr
Como la liebre era vieja
Se la ganó la mujer

(baile)
acha
e
entira
e.

a el agua
a el río
añuelo
azón miño.

(baile)
y vieja
chaicha
puelas
na.

Escaleras
Escuela N° 47
Guillermo Moreno
Letrero 1744





Escaleras, Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Letrero que existe en el marco de una punta del una casa de propiedad de la extinta Magdalena Carrizo fallecida a la edad de ciento quince años

BC MARIAS SVA
 DA LES MARIAY
 JOSEPH AÑO E 1744

Incaleras
Escuela N.º 47
Guillermo Moreno
Testamento (versos)





Escaleras

Escuela N° 47

Guillermo Moreno

Testamento

Por Pablo Gursman de 60 años

Cuando mi padre terto
Se hallava en grande abundancia
Ricas prendas de importancia
Que de herencia me dejó.

Lo mejor que me tocó
Fue una cuchara, una tasa,
Un cacho, una calabaza,
Una orqueta, un rebenque
Todo esto quedó al palenque
Cuando salí de mi casa.

Yo fui el unico heredero
A quien habian mejorado
Porque ami ya me habian dado
Un estabon y un yerquero.

Mi madre murió al postero
Cuando al morir estaba,
Decia en lo que hablava;
Hijo: si me lleva Dios
Ahi te queda para vor
La callana en que tortaba

Me dijo: hijo te dejo
Una manta y un coton,
Una sincha y un pellon
Y una tira de aparejo.

Un macho y un burro viejo
Y una yegua que tenía.
Mi madre en este mismo día
Me dió la herencia materna:
Una plancha, una linterna
Y la piedra en que molía.

Mis hermanitos menores
Tocaron casa y cocina,
Un gato, una gallina,
Un jardín de lindas flores
Un gorzal de esos cantores
Que mucho me divertía.

Mi madre en el mismo día
Me dió la herencia materna,
La callana en que tortaba
Y la piedra en que molía.

Mis amables caballeros
Al fin lo que me vino a quedar
De los árboles frutales,
Fue una hilera de perales.
Que pronto la corte
Que para derlinda dejé.

Una planta de membrillo
Y una de ciuelo,
Un ventajoso anzuelo
Muy útil para pescar
Y lo que me fué a quedar.

27
28

Las ushutas de mi abuelo.



Escaleras
Escuela N° 47
Guillermo Moreno
Versos





Escaleras
Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Versos de Cirilo Mercado de 80 años

El jilguero y la calandria

Atiendan señores míos,
Atiéndanme un instante,
Los trabajos que paraban
Dos frajarillos amantes:

Estos paraban trabajos
Por que uno y otro dudaban
Lo mucho que se querían
y lo mucho que se amaban.

El jilguero y la calandria
Eran dos que se querían
y de temer de un desprecio
Ninguno se descubría.

Al cabo de tanto andar
Le dijo el jilguero un día:
Yo pretendo ser su esclavo
y por esto me moría.

Fue tan grande su desgracia
El día que declaró
El desgraciado jilguero
Que un cazador les tiro.

Y del surto que llevaron
Se dividieron los dos
En la senda del amor
Quedando los dos perdidos
Pero quedaron de acuerdo
De hacer junto el nido.

Vuela el enamorado jilguero
Rompiendo selvas y atajos
Solo por tener la dicha
De encadenarse en sus brazos

Vuela el desgraciado jilguero
Vuela por esas montañas
Se encontró con una jaula
Donde cayó prisionero.

En la jaula sumergido
Su desgracia lamentaba
Con la esperanza perdida
De no ver más su calandria.

Al otro día temprano
Se aparece la calandria
Mi querido jilguerito
Yo te vengo a visitar.

Sabiendo que está preso
A ponerlo en libertad.

Señora calandria
Yo le sabré agradecer
Todo el tiempo que estás preso
Nadie me ha venido a ver.

Escaleras Escuela No 47



Guillermo Moreno

Eloy Vallejo de 80 años de edad.

Andando de tercerano
En los campos del tercero
No me tomaron por buijo
Ni tampoco por herbicero.

Sino porque quise bien
Una niña del tercero
Cuando yo menos acordé
Los jueces me prendieron.

La me llevan para abajo
Atado de pies y manos
A ese Córdoba mentado
Como una mujer sentado

Cuando me vieron llegar
Los jueces se amontonaron
Y gritando todos juntos
De donde es este desgraciado.

Metan a ese hombre pa dentro
Aplógenle las prisiones
Cuando vide sacar el martillo
Pensé de tener alivio
El alivio que yo tuve
Fueron dos varas de quillo.

Escaleras

31
32

Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Copia de un escrito de 1810





Escaleras
Escuela N.º 47
Guillermo Moreno

Copia de un escrito conservado
por Patrocino Carrizo

"Rioja, Junio 5 de 1810

Un cuartillo

"Sello 2 varto, un 2 vartillo, años
de mil ochocientos 2 vatro y ochocientos
cinco.

Valga para el bieno de 1808, 1809
y 1810.

Valga para el Reynado del Sr.
Dn. Fernando VII.

Antes de pasax a lo principal de
esta causa y sin perjuicio de las providen-
cias de posesion a favor de Juan Herre-
xa y sus compartes xxermitase este
expediente en consulta al D^e Dn Juan
Luis Aguirre y en su defecto al D^e Dn.
Francisco Gonzalez. Para que a su continua-
cion dicten las providencias mas ajista-
das D^{ro} y justicia en desagravio de
la autoridad publica bulnecida por Dⁿ
Gregorio Oxencio Ysaquixre, temendo
presente el otro si del Comisionado en
su oficio de xxemision de actos agre-
dos al mismo expediente para en el ca

so de justificarse un hecho tan escanda-
loso de lo escarmentado.

Lo proveyimos, mandamos y firmamos los Jueces Ordinarios asociados en esta causa Con Ego: a falta de exhibano.

Firm^{co} Xabier de la Vega y Castro

Andrés de Herrera y Sánchez

Ego: Miguel Ocampo Mercado

Ego: Vicente Santos Alami"

Hay dos sellos: uno que parece de la Provincia de la Rioja y otro español con unido y en letras, dice: "Hispania - cum Rex Carolus IV. D. G."

"Viva la Confederación Argentina"

"Mueran los salvajes Unitarios"

"Provincia de la Rioja

2^a clase - Dos reales

Lorenzo Ant. Blanco a nombre de su Datario en los actos ejecutivos del juicio que se ha promovido contra D^o Felice Greg^o Saaguorze cuyo expediente demanda su ejecución en D^ocho de propiedad y posesión, cortos y cortas Causadas de éstas presente planilla p^o q' se sirva su integridad ordenar su cumplimiento a mérito de haberse pasado a V^d la ejecución de la Causa que demando p^{ra} él p^a"

"Rioja Marzo 31 de 1843

Lorenzo Ant^o Blanco

Otro sí - Suplico al tribunal



"Exabax embargu con apremio del Dxho
contra la persona e intereses del Sor Saqui
rre. M Supra
Blanco

Rioja Abril 2 de 1843

Agreguere a los de la materia
Gonzalez"

34615

Escaleras

Escuela N.º 47

Guillermo Moreno

Hojas encontradas de
un libro de Romances, con-
servadas por Evarista
Herminda Barcuñan



A orillas de la mare
 En el huerto de mi padre
 Por haberme de holgare:
 Captiváronme los moros,
 Pasáronme allende el mare.
 A la infanta de Sansueña
 Me fueron á presentare;
 La infanta cuando me vido
 De mí se fué á enamorare.
 La vida que yo tenía,
 Rey, quiéroosla yo contare.
 En la su mesa comía,
 Y en su cama me iba á echare. —
 Allí hablára el buen rey,
 Bien oireis lo que dirae:
 — Tal captividad como esa
 Quienquiera la tomarae:
 Digasme tú, el palmero,
 ¿Si la iría yo á ganare?
 — No vades allá, el buen rey,
 Buen rey, no vades allae,
 Porque Mérida es muy fuerte,
 Bien se vos defenderae.
 Trecentos castillos tiene,
 Que es cosa de los mirare,
 Que el menor de todos ellos.
 Bien se os defenderae. —
 Allí hablára Oliveros,
 Allí habló don Roldane:
 — Miente, señor, el palmero,
 Miente, y no dice verdade,
 Que en Mérida no hay cien castillos,
 Ni noventa, á mi pensare,
 Y estos que Mérida tiene
 No tien quien los defensare,
 Que ni tenían señor,
 Ni menos quien los guardare. —
 Desque aquesto oyó el palmero,
 Movido con gran pesare,
 Alzó su mano derecha:
 Dió un bofetón á Roldane.
 Allí hablára el rey
 Con furia y con gran pesare:
 — Tomalde, la mi justicia,
 Y llévedeslo á ahorcare. —
 Tomádolo ha la justicia
 Para habello de justiciare;
 Y aun allá al pié de la horca
 El palmero fuera hablare:
 — ¡Oh mal hubieses, rey Cárlos!
 Dios te quiera hacer male,
 Que un hijo solo que tienes
 Tú le mandas ahorcare. —
 Oídolo había la reina
 Que se lo paró á mirare:
 — Déjedeslo, la justicia,
 No le queráis hacer male,
 Que si él era mi hijo

Encubrir no se podrae,
 Que en un lado ha de tener
 Un estremado lunare. —
 Ya le llevan á la reina,
 Ya se lo van á llevare:
 Desnúdanle una esclavina
 Que no valía un reale;
 Ya le desnudaban otra,
 Que valía una ciudade:
 Halládole han al infante,
 Halládole han la señale.
 Alegrías que se hicieron
 No hay quien las pueda contare.

ROMANCE DE LA MUERTE DEL ENAMORADO

D. BERNALDINO.

(Anónimo.)

Ya piensa don Bernaldino
 Ir su amiga visitar,
 Da voces á los sus pages
 Que vestir le quieran dar.
 Dábanle calzas de grana,
 Borceguís de cordoban,
 Un jubon rico broslado,
 Que en la corte no hay su par.
 Dábanle una rica gorra,
 Que no se podría apreciar,
 Con una letra que dice:
 « Mi gloria por bien amar. »
 La riqueza de su manto
 No os la sabría yo contar,
 Sayo de oro de martillo,
 Que nunca se vió su igual.
 Una blanca hacanea
 Mandó luego ataviar,
 Con quince mozos de espuelas
 Que le van acompañar.
 Ocho pages van con él,
 Los otros mandó tornar;
 De morado y amarillo
 Es su vestir y calzar.
 Allegado han á las puertas
 Do su amiga solía estar;
 Hallan las puertas cerradas,
 Empiezan de preguntar:
 — ¿Dónde está doña Leonor,
 La que aquí solía morar? —
 Respondió un maldito viejo,
 Que él luego mandó matar:
 — Su padre se la llevó
 Lejas tierras á habitar. —
 Él rasga sus vestiduras
 Con enojo y gran pesar,
 Y volviése á los palacios
 Donde solía reposar:
 Puso una espada á sus pechos
 Por sus dias acabar.

Un su amigo que lo supo
Ventalo á consolar,
Y en entrando por la puerta
Vidolo tendido estar.
Empieza á dar tales voces,
Que al cielo quieren llegar;
Vienen todos sus vasallos,
Procuran de lo enterrar
En un rico monumento
Todo hecho de cristal,
En torno del cual se puso
Un letrero singular:
« Aquí está don Bernaldino,
Que murió por bien amar. »

ROMANCE DEL INFANTE VENGADOR.

(Anónimo.)

Helo, helo por do viene
El infante vengador,
Caballero á la gineta
En caballo corredor,
Su manto revuelto al brazo.
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.
Con la punta del venablo
Sacaría un arador.
Siete veces fué templado
En la sangre de un dragon,
Y otras tantas fué afilado,
Porque cortase mejor:
El hierro fué hecho en Francia,
Y el asta en Aragon:
Perfilándose iba
En las alas de su halcon.
Iba á buscar á don Cuadros,
A don Cuadros el traidor,
Y allá le fuera á hallar
Junto del emperador:
La vara tiene en la mano,
Que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba
Si le tiraría ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
Dado ha al emperador,
Pasado le ha manto y sayo,
Que era de un tornasol:
Por el suelo ladrillado
Mas de un palmo le metió.
Allí le habló el rey,
Bien oíreis lo que habló:
— ¿Porqué me tiraste, infante?
¿Porqué me tiras, traidor?
— Perdóneme tu alteza,
Que no tiraba á tí, no;

Tiraba al traidor de Cuadros,
Ese falso engañador,
Que siete hermanos tenía,
No ha dejado, si á mí no:
Por eso delante tí,
Buen rey, lo desafío yo. —
Todos fian á don Cuadros,
Y al infante no fian, no,
Si no fuera una doncella,
Hija es del emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó:
Apeárase el infante,
La cabeza le cortó,
Y tomárala en su lanza,
Y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey
Con su hija lo casó.

ROMANCE DE MORIANA Y EL MORO GALVAN.

(Anónimo.)

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvane;
Juegan los dos á las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde,
Bien perdía una ciudade;
Cuando Moriana pierde,
La mano le ha de besare:
Del placer que el moro toma
Adormecido se cae.
Por aquellos altos montes
Caballero vió asomare,
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre,
De amores de Moriana,
Hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
La mañana de San Juane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
Conociérale en mirarle;
Lágrimas de los sus ojos
En la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
Y empezára de hablare:
— ¿Qué es esto, la mi señora?
¿Quién os ha hecho pesare?
Si os enojaron mis moros,
Luego los haré matare,
O si las vuestras doncellas,
Harélas bien castigare;
Y si pesar los cristianos,
Yo los iré conquistare.

Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velare.
— No me enojaron los moros
Ni los mandais vos matare;
Ni menos las mis doncellas
Por mí reciben pesare;
Ni tampoco los cristianos
Cumple de los conquistare;
Pero deste sentimiento
Quiero decir la verdade:
Que por los montes aquellos
Caballero vi asomare,
El cual pienso que es mi esposo
Mi querido, mi amor grande
Alzó la mano el moro,
Un bofetón le fué á dare:
Los dientes teniendo blancos
De sangre vuelto los hae,
Y mandó que sus porteros
La lleven á degollare,
Allí do viera á su esposo
En aquel mismo lugare.
Al tiempo de la su muerte
Estas palabras fué hablare:
— Yo muero como cristiana
Y tambien sin confesare
Mis amores verdaderos
De mi esposo natural.

ROMANCE DE LA INFANTINA.

A cazar va el caballero,
A cazar como solia;
Los perros lleva cansados,
El falcon perdido habla,
Arrimárase á un roble,
Alto es á maravilla.
En una rama mas alta,
Viera estar una infantina;
Cabellos de su cabeza
Todo aquel roble cubrían.
— No te espantes, caballero
Ni tengas tamaña grima,
Hija soy yo del buen rey
Y la reina de Castilla:
Siete fadas me fadaron
En brazos de un ama mia,
Que andase los siete años
Sola en esta montiña.
Hoy se cumplan los siete años
O mañana en aquel dia:
Por Dios te ruego, caballero
Llévesme en tu compañía,
Si quisieres por muger,
Si no, sea por amiga.
— Esperaisme vos, señora,

Tiraba al traidor de Cuadros,
Ese falso engañador,
Que siete hermanos tenía,
No ha dejado, si á mi no:
Por eso delante tí,
Buen rey, lo desafío yo. —
Todos fian á don Cuadros,
Y al infante no fian, no,
Si no fuera una doncella,
Hija es del emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó:
Apeárase el infante,
La cabeza le cortó,
Y tomárala en su lanza,
Y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey
Con su hija lo casó.

ROMANCE DE MORIANA Y EL MORO GALVAN.

(Anónimo.)

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvane;
Juegan los dos á las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde,
Bien perdía una ciudade;
Cuando Moriana pierde,
La mano le ha de besare:
Del placer que el moro toma
Adormecido se cae.
Por aquellos altos montes
Caballero vió asomare,
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre,
De amores de Moriana,
Hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
La mañana de San Juane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
Conociérale en mirarle;
Lágrimas de los sus ojos
En la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
Y empezára de hablare:
— ¿Qué es esto, la mi señora?
¿Quién os ha hecho pesare?
Si os enojaron mis moros,
Luego los haré matare,
O si las vuestras doncellas,
Harélas bien castigare;
Y si pesar los cristianos,
Yo los iré conquistare.

Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velare.
— No me enojaron los moros,
Ni los mandais vos matare;
Ni menos las mis doncellas
Por mí reciben pesare;
Ni tampoco los cristianos
Cumple de los conquistare;
Pero deste sentimiento
Quiero decir la verdade:
Que por los montes aquellos
Caballero vi asomare,
El cual pienso que es mi esposo,
Mi querido, mi amor grande. —
Alzó la mano el moro,
Un bofetón le fué á dare:
Los dientes teniendo blancos
De sangre vuelto los hae,
Y mandó que sus porteros
La lleven á degollare,
Allí de viera á su esposo
En aquel mismo lugare.
Al tiempo de la su muerte
Estas palabras fué hablare:
— Yo muero como cristiana,
Y también sin confesare
Mis amores verdaderos
De mi esposo naturale.

ROMANCE DE LA INFANTINA. (Anónimo.)

A cazar va el caballero,
A cazar como solía;
Los perros lleva cansados,
El falcón perdido había,
Arrimárase á un roble,
Alto es á maravilla.
En una rama mas alta,
Viera estar una infantina;
Cabellos de su cabeza
Todo aquel roble cubrían.
— No te espantes, caballero,
Ni tengas tamaña grima,
Hija soy yo del buen rey
Y la reina de Castilla:
Siete fadas me fadaron
En brazos de un ama mía,
Que andase los siete años
Sola en esta montiña.
Hoy se cumplan los siete años
O mañana en aquel día:
Por Dios te ruego, caballero,
Llévesme en tu compañía,
Si quisieres por muger,
Si no, sea por amiga.
— Esperáisme vos, señora,

Hasta mañana aquel día,
Iré yo á tomar consejo
De una madre que tenía. —
La niña le respondiera
Y estas palabras decía:
— ¡Oh mal haya el caballero
Que sola deja la niña!
El se va á tomar consejo
Y ella queda en la montiña. —
Aconsejóle su madre
Que la tome por amiga.
Cuando volvió el caballero
No hallára la infantina,
Vidola que la llevaban
Con muy gran caballería.
El caballero que la vido
En el suelo se caía:
Desque en sí hubo tornado
Estas palabras decía:
— Caballero que tal pierde,
Muy gran pena merescía:
Yo mesmo seré el alcalde,
Yo me seré la justicia:
Que me corten piés y manos
Y me arrastren por la villa.

ROMANCE DE RICO FRANCO. (Anónimo.)

A caza iban, á caza
Los cazadores del rey,
No hallaban en ellos caza
Ni hallaban que traer.
Perdido habían los falcones,
Mal los amenaza el rey;
Arrimáranse á un castillo
Que se llamaba Maynés.
Dentro estaba una doncella
Muy hermosa y muy cortés.
Siete condes la demandan,
Y así hacen reyes tres.
Robárala Rico Franco,
Rico Franco aragones:
Llorando iba la doncella
De sus ojos tan cortés.
Halácala Rico Franco,
Rico Franco aragones:
— Si lloras tu padre ó madre,
Nunca mas vos los vereis,
Si lloras los tus hermanos,
Yo los maté todos tres.
— Ni lloro padre ni madre,
Ni hermanos todos tres;
Mas lloro la mi ventura
Que no sé cuál ha de ser.
Prestédesme, Rico Franco,
Vuestro cuchillo lugues,
Cortaré fitas al manto,
Que no son para traer. —

Rico Franco de cortese
 Por las tachas lo fué tender.
 La doncella, que era artera,
 Por los pechos se lo fué á meter:
 Así vengó padre y madre,
 Y aun hermanos todos tres.

(Anónimo.) (1)

Blanca sois, señora mía,
 Mas que no el rayo del sol:
 ¿Si la dormiré esta noche
 Desarmado y sin pavor,
 Que siete años había, siete
 Que no me desarmo, no?
 Mas negras tengo mis carnes
 Que no un tiznado carbon.
 —Dormidla, señor, dormidla,
 Desarmado sin temor,
 Que el conde es ido á la caza
 A los montes de Leon.
 —Rabia le mate los perros
 Y águilas el su halcon,
 Y del monte hasta casa
 A él arrastre el moron.—
 Ellos en aquesto estando
 Su marido que llegó:
 —¿Qué haceis, la blanca niña,
 Hija de padre traidor?
 —Señor, peino mis cabellos,
 Peinolos con gran dolor,
 Que me dejais á mi sola
 Y á los montes os vais vos.
 —Esas palabras, la niña,
 No eran sino traicion;
 ¿Cuyo es aquel caballo
 Que allá bajo relinchó?
 —Señor, era de mi padre,
 Y enviólo para vos.
 —¿Cuyas son aquellas armas
 Que están en el corredor?
 —Señor, eran de mi hermano,
 Y hoy vos las envió.
 —¿Cuya es aquella lanza
 Que desde aquí la veo yo?
 —Tomadla, conde, tomadla,
 Matadme con ella vos,
 Que aquesta muerte, buen conde,
 Bien os la merezco yo.

(Anónimo.)

Compañero, compañero,
 Casóse mi linda amiga,

(1) Aun en fines del siglo XVIII se conservaba la tradicion de este romance en un canto popular que dice:

Mañanita de San Juan,

Casóse con un villano
 Que es lo que mas me dolia.
 Irme quiero á tornar moro
 Allende la morería:
 Cristiano que allá pasare
 Yo le quitaré la vida.
 —No lo hagas, compañero,
 No lo hagas por tu vida,
 De tres hermanas que tengo
 Darte he yo la más garrida,
 Si la quieres por muger,
 Si la quieres por amiga.
 —Ni la quiero por muger,
 Ni la quiero por amiga.
 Pues que no pude gozar
 De aquella que mas queria.

(Anónimo.)

Malas mañas habeis, tío,
 No las podeis olvidare,
 Mas preciais matar un puero
 Que ganar una ciudade.
 Vüestros hijos y muger
 En poder de moros vane,
 Los hijos en una cebra,
 Y la madre en un cordale.
 La muger dice: « ¡Ay marido! »
 Los hijos dicen: « ¡Ay padre! »
 De lástima que les hube
 Yo me los fuera á quitare:
 Heridas traigo de muerte,
 Dellas no puedo escapare.
 Apretádmela, mi tío,
 Con tocas de caminar.—
 Ya le aprieta las heridas,
 Comienzan de caminar.
 A vuelta de su cabeza
 Caído lo vido estare,
 Allí se le fué á caer
 Dentro del rio Jordane;
 Como fué dentro caído,
 Sano le vió levantare.

(Anónimo.)

Triste estaba el caballero,
 Triste está sin alegría,
 Con lágrimas y sospitros
 A grandes voces decia:
 —¿Qué fuerza pudo apartarme
 De veros, señora mía?
 ¿Cómo vivo siendo ausente
 De la gloria que tenia?

Antes de salir el sol,
 Me echaron una enramada
 De cogollos de Ilmon.
 Que don, que don, que don don don.

Con los ojos de mi alma
 Os contemplo noche y dia,
 Y con estos que os miraba
 Lloro el mal que padecía.
 Maldigo la triste ausencia,
 Alabo mi fantasia,
 Porque en ella resplandeco
 Lo que tanto ver queria.
 Aquí se aviva mi pena,
 Y osfuéza mi porfia
 Del fuego de mi deseo,
 Que en mis entrañas ardia.

(Anónimo.)

Atan alta va la luna
 Como el sol á medio dia,
 Cuando el buen conde Aleman
 Con esa dama yacia.
 No lo sabe hombre nascido
 De cuantos en corte habia,
 Sino solo la condesa,
 Esa condesa su hija.
 Así la dueña le hablára,
 De esta manera decia:
 —Cuanto viéredes, condes,
 Quanto viéredes, encobrido,
 Daros ha el conde Aleman
 Un manto de oro fino.
 —Mal fuego le queme, ma
 El manto de oro fino,
 Cuando en vida de mi pad
 Tuviese padrastro vivo.—
 De allí se fuera llorando,
 Al conde su padre ha visto.
 —¿Porqué llorais, la conde
 Decid, ¿quién llorar os hi
 —Yo me estaba aquí comi
 Comiendo sopas en vino,
 Entró el conde Aleman
 Y echólas por el vestido.
 —Calleis, mi hija, calleis
 No tomeis deso pesar,
 Que el conde es niño y me
 Hacerlo ha por burlar.
 —Cuando me tomó en sus
 Non me quiso respetar.
 —Si él os tomó en sus bra
 Y con vos quiso hólgar,
 En antes que el sol saliese
 Yo lo mandaré matar.

ROMANCE DE LA INI
 Y EL HIJO DEL REY DI

(Anónimo.)

Tiempo es, el caballero
 Tiempo es de andar de ac

Casóse con un villano
Que es lo que mas me dolia.
Irme quiero á tornar moro
Allende la moreria :
Cristiano que allá pasare
Yo le quitaré la vida.
—No lo hagás, compañero,
No lo hagás por tu vida,
De tres hermanas que tengo
Darte he yo la más garrida,
Si la quieres por muger,
Si la quieres por amiga.
—Ni la quiero por muger,
Ni la quiero por amiga,
Pues que no pude gozar
De aquella que mas queria.

(Anónimo.)

Malas mañas habeis, tío,
No las podeis olvidare,
Mas preciais matar un puercio
Que ganar una ciudad.
Vuestros hijos y muger
En poder de moros vane,
Los hijos en una cebra,
Y la madre en un cordale.
La muger dice : « ¡Ay marido! »
Los hijos dicen : « ¡Ay padre! »
De lástima que les hube
Yo me los fuera á quitare :
Heridas traigo de muerte,
Dellas no puedo escapare.
Apretádmelas, mi tío,
Con tocas de caminar.—
Ya le aprieta las heridas,
Comienzan de caminar.
A vuelta de su cabeza
Caido lo vido estare,
Allá se le fué á caer
Dentro del rio Jordane;
Como fué dentro caido,
Sano le vió levantare.

(Anónimo.)

Triste estaba el caballero,
Triste está sin alegría,
Con lágrimas y sóspiros
A grandes voces decia :
—¿Qué fuerza pudo apartarme
De veros, señora mia?
¿Cómo vivo siendo ausente
De la gloria que tenia?

Antes de salir el sol,
Me echaron una enramada
De cogollos de limon.
Que don, que don, que don don don.

Con los ojos de mi alma
Os contemplo noche y dia,
Y con estos que os miraba
Lloro el mal que padecia.
Maldigo la triste ausencia,
Alabo mi fantasia,
Porque en ella resplandece
Lo que tanto ver queria.
Aqui se aviva mi pena,
Y esfuérzala mi porfia
Del fuego de mi deseo,
Que en mis entrañas ardia.

(Anónimo.)

Atan alta va la luna
Como el sol á medio día,
Cuando el buen conde Aleman
Con esa dama yacia.
No lo sabe hombre nascido
De cuantos en corte habia,
Sino solo la condesa,
Esa condesa su hija.
Así la dueña le hablára,
De esta manera decia :
—Cuanto viéredes, condesa,
Cuanto viéredes, encobrido,
Daros ha el conde Aleman
Un manto de oro fino.
—Mal fuego le queme, madre,
El manto de oro fino.
Cuando en vida de mi padre
Tuviese padrastro vivo.—
De allí se fuera llorando,
Al conde su padre ha visto.
—¿Porqué llorais, la condesa?
Decid, ¿quién llorar os hizo?
—Yo me estaba aquí comiendo,
Comiendo sopas en vino,
Entró el conde Aleman
Y echólas por el vestido.
—Calleis, mi hija, calleis,
No tomeis deso pesar,
Que el conde es niño y mochacho,
Hacerlo ha por burlar.
—Cuando me tomó en sus brazos
Non me quiso respetar.
—Si él os tomó en sus brazos
Y con vos quiso hólgar,
En antes que el sol saliese
Yo lo mandaré matar.

ROMANCE DE LA INFANTINA
Y EL HIJO DEL REY DE FRANCIA.

(Anónimo.)

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí,

Que ni puedo andar en pié,
Ni al emperador servir;
Pues me crece la barriga
Y se me acorta el vestir :
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan el vestir ;
Miranse unas á otras,
No hacen sino reir :
Vergüenza he de mis caballeros,
Los que sirven ante mí.
—Lloraldo, dijo, señora,
Que así hizo mi madre á mí ;
Hijo soy de un labrador,
Mi madre y yo pan vendí.—
La infanta desque esto oyera
Comenzóse á maldecir :
—Maldita sea la doncella
Que se deja seducir.
—No os maldigais vos, señora,
No os querais vos maldecir,
Que hijo soy del rey de Francia,
Mi madre es doña Beatriz :
Cien castillos tengo en Francia,
Señora, para os guarir,
Cien doncellas me los guardan,
Señora, para os servir.

(Juan de Rivera.)

Paseábase el buen conde
Todo lleno de pesar,
Cuentas negras en sus manos
Do suele siempre rezar ;
Palabras tristes diciendo,
Palabras para llorar.
—Véos, hija, crecida,
Y en edad para casar ;
El mayor dolor que siento
Es no tener que os dar.
—Calledes, padre, calledes,
No debeis tener pesar,
Que quien buena hija tiene
Rico se debe llamar ;
Y el que mala la tenia,
Viva la puede enterrar,
Pues amengua su linage
Que no debiera amenguar,
Y yo, si no me casare,
En religion puedo entrar.

(El mismo.)

Caballero de lejas tierras,
Llegaos acá, y pareis,
Hinquedes la lanza en tierra,
Vuestro caballo arrendeis,
Preguntaros he por nuevas
Si mi esposo conoceis.

—Vuestro marido, señora,
Decid, ¿de qué señas es?
—Mi marido es mozo y blanco,
Gentil hombre y bien cortés,
Muy gran jugador de tablas,
Y también del ajedrez.
En el pomo de su espada
Armas trae de un marques,
Y un ropon de brocado
Y de carmesí el enves:
Cabe el fierro de la lanza
Trae un pendon portugués,
Que ganó en unas justas
A un valiente frances.
—Por esas señas, señora,
Tu marido muerto es:
En Valencia le mataron
En casa de un ginoves:
Sobre el juego de las tablas
Lo matára un milanés.
Muchas damas lo lloraban,
Caballeros con arnes,
Sobre todo lo lloraba
La hija del ginoves;
Todos dicen á una voz
Que su enamorada es:
Si habeis de tomar amores,
Por otro á mí no dejeis.
—No me lo mandeis, señor,
Señor, no me lo mandeis,
Que antes que eso hiciese,
Señor, monja me vereis.
—No os metais monja, señora,
Pues que hacello no podeis,
Que vuestro marido amado
Delante de vos lo teneis (1).

(4) Aun se conserva entre nosotros tradicionalmente una trova de este romance, aplicada á las circunstancias de la guerra de sucesion en tiempo de Felipe V, el cual dice así:

Oiga, oiga, buen soldado,
Si sots lo que parecets,
¿A mi marido habeis visto
Por la guerra alguna vez?
—No lo sé, señora mia,
Dadme algunas señas dél.
—Mi marido es gentil hombre,
Gentil hombre y muy cortés;
Monta un potro pelicano
Mas ligero que uno inglés,
Y en el arzon de la silla
Lleva las armas del rey,
Con la su espada ceñida
Con cinturón de morles.
—Ese hombre que decís
Habrá ya que murió un mes,
Y manda en el testamento
Que conmigo vos caséis.
—No permita Dios del cielo,
Ni mi madre santa Inés,
Que fembra de mi linage

(Anónimo.)

Ese conde Cabreruelo,
Con el rey come á la mesa,
¡Oh cuán mal que se abaldona
A toda muger agena!
Apuesta que no hay ninguna
(¡ Ved cuán mal pensada apuesta!)
Si le escucha dos razones
Que de amores no la venza.
Como el amor atrevidas,
Como la fortuna ciegas,
Como el honor peligrosas,
Como la mentira inciertas,
Así jura que son todas:
¡ Falsa jura! ¡ injusta tema!
La reina que tal escucha
Dió sañuda tal respuesta:
—Todas malas no es posible,
Ni es posible todas buenas:
Yerbas hay que dan la vida,
Y quitan la vida yerbas.
Traidores hombres del mundo
Han hecho traidoras hembras,
Dellos aprendieron culpas,
Si culpas cometen ellas.
Ellos hablan, ellas oyen,
Y de mentiras discretas
Dichas hoy, dichas mañana,
¿ Quién habrá que se defienda?
Favorecidos se alaban,
Disfaman si los desprecian;
La que los escucha es fácil,
La que no les habla es necia.
Cuántas nacen, cuántas viven,
Por agujero de su estrella,

Se case mas de una vez:
De tres hijas que me deja
La primera casaré,
La mediana será monja,
La tercera guardaré,
Que me cuide y me acompañe,
Que me guise de comer,
Y me lleve de la mano
En casa del coronel.
—No vos acultéis, señora,
Señora, no os acultéis,
Miradme, miradme el rostro
Por ver si me conocéis.
—Vos sois Mambrú, dulce esposo,
Vos sois mi dueño y querer,
Vos sois... — Cayó desmayada
En los brazos de su bien
La dama desfallecida
Con tanto gusto y placer.
Despues que hubo vuello en sí
Fuéronse juntos al rey,
Que los recibió en sus brazos
Al ir á echarse á sus piés.
*Este es el Mambrú, señores,
Que se canta del reves,
Y una gitana lo canta
En la plaza de Aranjuez.*

Al que menos las merece
Se inclinan con mayor fuerza.
Muchas quejas, muchos dones,
¡ Qué mucho que á muchas preñen
Ejemplo es la piedra dura,
Que agua continua la mella.
Enmendaos, amigo conde,

ROMANCE DE LA

CON LOS DE CA

ROMANCE DE AMADIS DE GAU

(Anónimo.)

En la selva está Amadís
El leal enamorado,
Tal vida estaba haciendo
Cual nunca hizo cristiano.
Cilicio trae vestido
A sus carnes apretado,
Con disciplinas destruye
Su cuerpo muy delicado.
Llagado de las heridas,
Y en su señora pensando,
No se conoce en su gesto
Segun lo trae delgado.
De ayunos y de abstinencias
Andaba debilitado,
La barba trae crecida,
Deste mundo se ha apartado;
Las rodillas tiene en tierra,
Y en su corazón echado,
Con gran humildad os pide
Perdon si había errado.
Al alto Dios poderoso
Por testigo ha publicado,
Y acordándose había
Del amor suyo pasado,
Que así le derribó
De su sentido y estado.
Con estas grandes pasiones
Amortecido ha quedado
El mas leal amador
Que en el mundo fué hallado.

I. — ROMANCE DE LANZAROTE D

(Anónimo.)

Tres hijuelos había el rey,
Tres hijuelos, que no mas;

(4) Antiquísimo romance que de
pigame tú,

(Anónimo.)

Ese conde Cabreruelo,
 Con el rey come á la mesa,
 ¡Oh cuán mal que se abaldona
 A toda muger agena!
 Apuesta que no hay ninguna
 (¡Ved cuán mal pensada apuesta!)
 Si le escucha dos razones
 Que de amores no la vena.
 Como el amor atrevidas,
 Como la fortuna ciegas,
 Como el honor peligrosas,
 Como la mentira-inciertas,
 Así jura que son todas:
 ¡Falsa jura! ¡injusta tema!
 La reina que tal escucha
 Dió sañuda tal respuesta:
 —Todas malas no es posible,
 Ni es posible todas buenas:
 Yerbas hay que dan la vida,
 Y quitan la vida yerbas.
 Traidores hombres del mundo
 Han hecho traidoras hembras,
 Dellos aprendieron culpas,
 Si culpas cometen ellas.
 Ellos hablan, ellas oyen,
 Y de mentiras discretas
 Dichas hoy, dichas mañana,
 ¿Quién habrá que se defienda?
 Favorecidos se alaban,
 Disfaman si los desprecian;
 La que los escucha es fácil,
 La que no les habla es necia.
 Cuantas nacen, cuantas viven,
 Por agüero de su estrella,

Se case mas de una vez:
 De tres hijas que me deja
 La primera casaré,
 La mediana será monja,
 La tercera guardaré,
 Que me culde y me acompañe,
 Que me guise de comer,
 Y me lleve de la mano
 En casa del coronel.
 — No vos acultéis, señora,
 Señora, no os acultéis,
 Miradme, miradme el rostro
 Por ver si me conocéis.
 — Vos sois Mamburú, dulce esposo,
 Vos sois mi dueño y querer,
 Vos sois... — Cayó desmayada
 En los brazos de su bien
 La dama desfallecida
 Con tanto gusto y placer.
 Despues que hubo vuelto en sí
 Fuéronse juntos al rey,
 Que los recibió en sus brazos
 Al ir á echarse á sus piés.
 Este es el Mamburú, señores,
 Que se canta del reves,
 Y una gitana lo canta
 En la plaza de Aranjuez.

Al que menos las merece
 Se inclinan con mayor fuerza.
 Muchas quejas, muchos dones,
 ¡Qué mucho que á muchas prendan!
 Ejemplo es la piedra dura,
 Que agua continua la mella.
 Enmendaos, amigo conde,

Y de hoy mas las damas sean
 Vuestro honor, no vuestro ultraje,
 Vuestra paz, no vuestra guerra;
 Levantad la parte humilde
 Que es hazaña de alta empresa:
 Todos de muger nacimos,
 Volvamos todos por ellas.

ROMANCES CABALLERESCOS

DE LA TABLA REDONDA,

CON LOS DE CARLO MAGNO Y LOS DOCE PARES.

ROMANCE DE AMADIS DE GAULA.

(Anónimo.)

En la selva está Amadís
 El leal enamorado,
 Tal vida estaba haciendo
 Cual nunca hizo cristiano.
 Cilicio trae vestido
 A sus carnes apretado,
 Con disciplinas destruye
 Su cuerpo muy delicado.
 Llagado de las heridas,
 Y en su señora pensando,
 No se conoce en su gesto
 Segun lo trae delgado.
 De ayunos y de abstinencias
 Andaba debilitado,
 La barba trae crecida,
 Deste mundo se ha apartado;
 Las rodillas tiene en tierra,
 Y en su corazon echado,
 Con gran humildad os pide
 Perdon si habia errado.
 Al alto Dios poderoso
 Por testigo ha publicado,
 Y acordádoose habia
 Del amor suyo pasado,
 Que así le derribó
 De su sentido y estado.
 Con estas grandes pasiones
 Amortecido ha quedado
 El mas leal amador
 Que en el mundo fué hallado.

I. — ROMANCE DE LANZAROTE DEL LAGO.

(Anónimo.)

Tres hijuelos habia el rey,
 Tres hijuelos, que no mas;

Por enojo que hubo de ellos
 Todos malditos los ha.
 El uno se tornó ciervo,
 El otro se tornó can,
 El otro, que se hizo moro,
 Pasó las aguas del mar.
 Andábase Lanzarote
 Entre las damas holgando,
 Grandes voces dió la una:
 —Caballero, estad parado:
 Si fuese la mi ventura,
 Cumplido fuese mi hado
 Que yo casase con vos,
 Y vos conmigo de grado,
 Y me diésedes en arras
 Aquel ciervo del pié blanco.
 —Dároslo he yo, mi señora,
 De corazon y de grado,
 Si supiese yo las tierras
 Donde el ciervo era criado.—
 Ya cabalga Lanzarote,
 Ya cabalga y va su vía,
 Delante de sí llevaba
 Los sabuesos por la trailla.
 Llegado habia á una ermita,
 Donde un ermitaño habia:
 —Dios te salve, el hombre bueno.
 —Buena sea tu venida:
 Cazador me pareceis
 En los sabuesos que traia.
 —Dígame tú, el ermitaño (1),
 Tú que haces santa vida,
 Ese ciervo del pié blanco
 ¿Dónde hace su manida?
 —Quedaos aquí, mi hijo,
 Hasta que sea de día,
 Contaros he lo que ví
 Y todo lo que sabia.

(1) Antiquísimo romance que desde este verso contrahizo Cumillas en el de *Amor*, que dice:
 Dígame tú, el pensamiento...

Por aquí pasó esta noche
 Dos horas antes del día,
 Siete leones con él
 Y una leona parida:
 Siete condes deja muertos,
 Y mucha caballería.
 Siempre Dios te guarde, hijo,
 Por do quier que fuer tu ida,
 Que quien acá te envió
 No te quería dar la vida.
 ¡Ay dueña de Quintañones!
 De mal fuego seas ardida,
 Que tanto buen caballero
 Por tí ha perdido la vida.

II. — ROMANCE DE LANZAROTE DEL LAGO.
 (Anónimo.)

Nunca fuera caballero (1)
 De damas tan bien servido,
 Como fuera Lanzarote
 Cuando de Bretaña vino,
 Que dueñas curaban dél,
 Doncellas del su rocino.
 Esa dueña Quintañona,
 Esa le escanciaba el vino,
 La linda reina Ginebra
 Se lo acostaba consigo;
 Y estando al mejor sabor,
 Que sueño no había dormido,
 La reina toda turbada
 Un pleito ha conmovido.
 —Lanzarote, Lanzarote,
 Si antes hubieras venido,
 No hablára el orgulloso
 Las palabras que había dicho,
 Que á pesar de vos, señor,
 Se acostaría conmigo.—
 Ya se arma Lanzarote
 De gran pesar conmovido,
 Despídese de su amiga,
 Pregunta por el camino,
 Topó con el orgulloso
 Debajo de un verde pino,
 Combátense, de las lanzas
 A las hachas han venido.
 Ya desmaya el orgulloso,
 Ya cae en tierra tendido,
 Cortárale la cabeza,
 Sin hacer ningun partido:

(1) Este romance se cita en el *Quijote*, parte I, cap. 45.

(2) Superstición de los siglos medios, acaso imitada de la de los antiguos, que aseguraban existir una raza de yeguas que concebían con solo el viento.

(3) Aunque Pellicer dice en las notas del

Volvióse para su amiga
 Donde fué bien recibido.

ROMANCE DE TRISTAN DE LEONIS.
 (Anónimo.)

Ferido está don Tristan
 De una muy mala lanzada,
 Diérasela el rey su tío
 Que zeloso dél estaba.
 El fierro tiene en el cuerpo,
 De fuera le tembla el asta:
 Valo á ver la reina Iseo
 Por la su desdicha mala.
 Júntanse boca con boca
 Como palomillas mansas,
 Llora el uno, llora el otro,
 La cama bañan en agua;
 Allí nace un arboledo
 Que azucena se llamaba,
 Cualquier muger que la come
 Luego se siente preñada (2);
 Comióla la reina Iseo
 Por la su desdicha mala.

I. — ROMANCE DEL MARQUES DE MANTUA
 Y BALDOVINOS.
 (Anónimo.) (3)

De Mantua salió el marques
 Danes Urgel el leale,
 Allí va á buscar la caza
 A las orillas del mare.
 Con él van sus cazadores
 Con aves para volare,
 Con él van los sus monteros
 Con perros para cazare,
 Con él van sus caballeros
 Para haberlo de guardare.
 Por la ribera del Pó
 La caza buscando vane.
 El tiempo era caluroso,
 Vispera era de Sant Juane.
 Métense en una arboleda
 Para refresco tomare,
 Al derredor de una fuente
 A todos mandó asentare.
 Viandas aparejadas
 Traen, y procuran yantare.
 Desque hubieron yantado

Quijote que este romance, impreso en Alcalá en 1598, es de Gerónimo Treviño, yo creo que este fué, cuando mas, un editor que corrigió y modificó el antiguo. Ni á fines del siglo XVI, ni aun acaso en el siglo XIV, usaban los poetas los consonantes forzados que en este romance y otros muchos se usan.

Comenzaron de hablar
 Solamente de la caza
 Como se ha de ordenar
 Al pié estaban de una
 Que junto á la fuente
 Oyeron un gran ruido
 Entre las ramas sonar
 Todos estuvieron quedos
 Por ver qué cosa seraa
 Por las mas espesas m
 Ven un ciervo asomare
 De sed venia fatigado
 Al agua se iba á lanza
 Los monteros á gran p
 Los perros van á soltar
 Sueltan lebreles, sabu
 Para le haber de toma
 El ciervo que los sintió
 Al monte se vuelve á
 Caballeros y monteros
 Comienzan de cabalga
 Siguiéndole iban el ra
 Con gana de le alcanza
 Cada uno va corriende
 Sin uno á otro esperan
 El que traía buen cab
 Corría mas por le ata
 Apártanse unos de otr
 Sin al marques aguar
 El ciervo era muy lig
 Mucho se fué adelanta
 Al ladrido de los perri
 Los mas siguiendo le
 El monte era muy esp
 Todos perdido se han
 El sol se quería poner
 La noche quería cerv
 Cuando el buen marq
 Solo se fuera á hallar
 En un bosque tan esp
 Que no podía caminar
 Andando á un cabo y
 Mucho alejado se hac
 Tantas vueltas iba da
 Que no sabe donde es
 La noche era muy esp
 Comenzó recio á tron
 El cielo estaba nubla
 No cesa de relampagu
 El marques que así se
 Su bocina fué á toma
 A sus monteros llama
 Tres veces la fué á to
 Los monteros eran le
 Por demas era el son
 El caballo iba cansa
 De por las breñas sal
 A cada paso caía,

Volvióse para su amiga
Donde fué bien recibido.

ROMANCE DE TRISTAN DE LEONIS.

(Anónimo.)

Ferido está don Tristan
De una muy mala lanzada,
Diérasela el rey su tío
Que zeloso dél estaba.
El fierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tembla el asta:
Valo á ver la reina Iseo
Por la su desdicha mala.
Júntanse boca con boca
Como palomillas mansas,
Llora el uno, llora el otro.
La cama bañan en agua;
Allí nace un arboledo
Que azucena se llamaba,
Cualquier muger que la come
Luego se siente preñada (2);
Comióla la reina Iseo
Por la su desdicha mala.

I. — ROMANCE DEL MARQUES DE MANTUA

Y BALDOVINOS.

(Anónimo.) (3)

De Mantua salió el marques
Danes Urgel el leale,
Allá va á buscar la caza
A las orillas del mare.
Con él van sus cazadores
Con aves para volare,
Con él van los sus monteros
Con perros para cazare,
Con él van sus caballeros
Para haberlo de guardare.
Por la ribera del Pó
La caza buscando vane.
El tiempo era caluroso,
Vispera era de Sant Juane.
Métense en una arboleda
Para refresco tomare,
Al derredor de una fuente
A todos mandó asentare.
Viandas aparejadas
Traen, y procuran yantare.
Desque hubieron yantado

Quijote que este romance, impreso en Alcalá en 1598, es de Gerónimo Treviño, yo creo que este fué, cuando mas, un editor que corrigió y modificó el antiguo. Ni á fines del siglo XVI, ni aun acaso en el siglo XIV, usaban los poetas los consonantes forzados que en este romance y otros muchos se usan.

Comenzaron de hablare
Solamente de la caza
Como se ha de ordenare.
Al pié estaban de una breña
Que junto á la fuente estae.
Oyeron un gran ruido
Entre las ramas sonare:
Todos estuvieron quedos
Por ver qué cosa serae:
Por las mas espesas matas
Ven un ciervo asomare.
De sed venia fatigado,
Al agua se iba á lanzare;
Los monteros á gran priesa
Los perros van á soltare:
Sueltan lebreles, sabuesos
Para le haber de tomare.
El ciervo que los sintió
Al monte se vuelve á entrare:
Caballeros y monteros
Comienzan de cabalgare,
Siguiéndole iban el rastro
Con gana de le alcanzare:
Cada uno va corriendo
Sin uno á otro esperare.
El que traía buen caballo
Corria mas por le atajare:
Apártanse unos de otros
Sin al marques aguardare.
El ciervo era muy ligero,
Mucho se fué adelantare,
Al ladrido de los perros
Los mas siguiendo le vane.
El monte era muy espeso,
Todos perdido se hane.
El sol se queria poner,
La noche queria cerrare,
Cuando el buen marques de Mantua
Solo se fuera á hallare
En un bosque tan espeso
Que no podia caminar.
Andando á un cabo y á otro
Mucho alejado se hae,
Tantas vueltas iba dando
Que no sabe donde estae.
La noche era muy oscura,
Comenzó recio á tronare,
El cielo estaba nublado,
No cesa de relampagueare.
El marques que así se vido
Su bocina fué á tomare,
A sus monteros llamando,
Tres veces la fué á tocare:
Los monteros eran lejos,
Por demas era el sonare,
El caballo iba cansado
De por las breñas saltare,
A cada paso caía,

No se podia menear.
El marques muy enojado
La rienda le fué á soltare,
Por do el caballo queria
Lo dejaba caminar:
El caballo era de casta,
Esfuerzo fuera á tomare.
Diez millas ha caminado
Sin un momento parare;
No va camino derecho,
Mas por do podia andare.
Caminando todavía
Un camino va á topare,
Siguiendo por el camino
Va á dar en un pinare,
Por él anduvo una pieza
Sin poder dél se apartare.
Pensó reposar allí
O adelante pasare;
Mas por buscar á los suyos
Adelante quiere andare.
Del pinar salió muy presto,
Por un valle fuera á entrare,
Cuando oyó dar un gran grito
Temeroso y de pesare,
Sin saber que de hombre fuese,
O de qué pudiese estare,
(Solo gran dolor mostraba,
Otro no pudo notare).
De que se turbó el marques,
Todo espeluzado se hae;
Mas aunque viejo de dias,
Empiézase de esforzare.
Por su camino delante
Empieza de caminar:
A pié va que no á caballo,
El caballo va á dejare
Porque estaba muy cansado,
Y no podia bien andare.
En un prado que allí estaba
Allí le fuera á dejare.
Cuando llegó á un rio,
En medio de un arenale
Vido un caballero muerto,
Comenzóle de mirare:
Arinado estaba de guerra
A guisa de pelear,
Los brazos tenia cortados,
Las piernas otro que tale,
Y mas adelante un poco
Una voz sintió hablare:
—¡O santa María, señora,
No me quieras olvidar!
A ti encomiendo mi alma,
Plégate de la guardare,
En este trago de muerte
Esfuerzo me quieras dare,
Pues á los tristes consuelas

Quieras á mi consolare,
 Y al tu precioso Hijo
 Por mí te plega rogare
 Que perdone mis pecados,
 Mi alma quiera salvar. —
 Cuando aquesto oyó el marques
 Luego se fuera apartare,
 Revolióse el manto al brazo,
 La espada fuera á sacare:
 Apartado del camino
 Por el monte fuera á entrare,
 Hacia do sintió la voz
 Empieza de caminar.
 Las ramas iba cortando (1)
 Para la vuelta acertare,
 A todas partes miraba
 Por ver qué cosa serae;
 El camino por do iba
 Cubierto de sangre estae.
 Vinole grande congoja,
 Todo se fué á demudare,
 Que el espíritu le daba
 Sobresalto de pesare.
 De donde la voz oyera
 Muy cerca fuera á llegare:
 Al pié de unos altos robles
 Vido un caballero estare
 Armado de todas armas,
 Sin estoque ni puñale.
 Tendido estaba en el suelo,
 No cesa de se quejare,
 Las lástimas que decia
 Al marques hacen llorare:
 Por entender lo que dice
 Acordó de se acercare.
 Atento estaba escuchando
 Sin bullir ni menearse.
 Lo que decia el caballero
 Razon es de lo contare.
 —¿Dónde estás, señora mía (2),
 Que no te pena mi male?
 De mis pequeñas heridas
 Compasion solias tomare,
 Agora de las de muerte
 No tienes ningun pesare.
 No te doy culpa, señora,
 Que descanso en el hablare,
 Mi dolor, que es muy sobrado,
 Me hace desatinare.

(1) Acaso de aquí tomó Cervantes la idea de lo que hizo Sancho cuando se apartó de D. Quijote en Sierra Morena para poder á su vuelta hallar el camino de encontrarle. *Quijote*, part. I, cap. 25.

(2) Este pasage pone Cervantes en boca de don Quijote (part. I, cap. 5), pero sin duda de

Tú no sabes de mi mal
 Ni de mi angustia mórtale,
 Yo te pedí la licencia
 Para mi muerte buscare;
 Pues yo la hallé, señora,
 A nadie debo culpare,
 Cuanto mas á tí, mi bien,
 Que no me la querias dare;
 Mas cuando mas no podiste,
 Bien sentí tu gran pesare
 En la fe de tu querer,
 Segun te ví demostrare.
 Esposa mía y señora,
 No cures de me esperare,
 Hasta el dia del juicio
 No nos podemos juntare.
 Si viviendo me quisiste,
 Al morir lo has de mostrare,
 No en hacer grandes estremos,
 Mas por el alma rogare.
 ¡O mi primo Montesinos,
 Infante don Meriane!
 Deshecha es la compañía
 En que soliamos andare.
 Ya no esperéis mas de verme,
 No os cumple ya mas buscare,
 Que en balde trabajaréis,
 Pues no me podreis hallare.
 ¡O esforzado don Renaldos,
 O buen paladin Roldane,
 O valiente don Urgel,
 O don Ricardo Normante,
 O marques don Oliveros,
 O Durandarte el galane,
 O archiduque don Estolfo,
 O gran duque de Milâne!
 ¿Dónde sois todos vosotros?
 ¿No venís á me ayudare?
 ¡O emperador Carlo Magno,
 Mi buen señor naturale,
 Si supieses tú mi muerte,
 Cómo la harías vengare!
 Aunque me mató tu hijo,
 Justicia quieras guardare,
 Pues me mató á traicion
 Viniéndole acompañare.
 ¡O príncipe don Carloto!
 ¿Qué ira tan desigual
 Te movió sobre tal caso

una leccion mas moderna, como puede inferirse de su lenguaje, y dice:

¿Dónde estás, señora mía,
 Que no te duele mi mal?
 O no lo sabes, señora,
 O eres falsa y desleal.

Pesares ha de gustare. —
 Destas palabras y otras
 No cesaba de hablare,
 Llorando de los sus ojos
 Sin poderse conhortare.
 Esforzóse Baldovinos
 Con el angustia mortale,
 Cuando conosció á su tío
 Alivio fuera á tomare:
 Tomóle entrambas las manos
 Muy recio le fué apretare,
 Disimulando su pena
 Comenzó al marques á hablare.
 — No lloredes, señor tío,
 Por Dios no queráis llorare,
 Que me dais doblada pena
 Y al alma haceis penare;
 Mas lo que yo os encomiendo
 Es por mí queráis rogare,
 Y no me desampareis
 En este esquivo lugare,
 Hasta que yo haya espirado
 No me querades dejare:
 Encomiéndoo á mi madre,
 Vos la queráis consolare,
 Que bien creo que mi muerte
 Su vida habrá de acabare;
 Encomiéndoo á mi esposa,
 Por ella queráis mirare;
 El mayor dolor que siento
 Es no le poder hablare. —
 Ellos estando en aquesto
 Su escudero fué á llegare:
 Un ermitaño traía
 Que en el bosque fué á hallare
 Hombre de muy-santa vida,
 Del órden sacerdotal.
 Cuando llegó el ermitaño
 El alba queria quebrare;
 Esforzando á Baldovinos,
 Comenzóle amonestare
 Que olvidando aqueste mundo
 De Dios se quiera acordare.
 Aparte se fué el marques
 Por dalles mejor lugare,
 El escudero á otra parte
 Tambien se fuera apartare:
 El marques de quebrantado
 Gran sueño le fué á tomare.
 Confesóse Baldovinos
 A toda su voluntad.
 Estando en su confesion,
 Ya que queria acabare,
 Las angustias de la muerte
 Comienzan de le aquejare:
 Con el dolor que sentia.
 Una gran voz fuera á dare:
 Llama á su tío el marques,

Tú no sabes de mi mal
 Ni de mi angustia mortale,
 Yo te pedi la licencia
 Para mi muerte buscar;
 Pues yo la hallé, señora,
 A nadie debo culpares,
 Cuanto mas á tí, mi bien,
 Que no me la querías dare;
 Mas cuando mas no podiste,
 Bien sentí tu gran pesare
 En la fe de tu querer,
 Segun te ví demostrare.
 Esposa mia y señora,
 No cures de me esperare,
 Hasta el día del juicio
 No nos podemos juntare.
 Si viviendo me quisiste,
 Al morir lo has de mostrare,
 No en hacer grandes estremos,
 Mas por el alma rogare.
 ¡O mi primo Montesinos,
 Infante don Meriane!
 Deshecha es la compañía
 En que soliamos andare.
 Ya no esperéis mas de verme,
 No os cumple ya mas buscar,
 Que en balde trabajaréis,
 Pues no me podéis hallare.
 ¡O esforzado don Renaldos,
 O buen paladin Roldane,
 O valiente don Urgel,
 O don Ricardo Normante,
 O marques don Oliveros,
 O Durandarte el galane,
 O archiduque don Estolfo,
 O gran duque de Miláne!
 ¿Dónde sois todos vosotros?
 ¿No venís á me ayudare?
 ¡O emperador Carlo Magno,
 Mi buen señor naturale,
 Si supieses tú mi muerte,
 Cómo la harías vengare!
 Aunque me mató tu hijo,
 Justicia quieras guardare,
 Pues me mató á traicion
 Viniéndole acompañare.
 ¡O príncipe don Carloto!
 ¿Qué ira tan desigual
 Te movió sobre tal caso

una lección mas moderna, como puede inferirse de su lenguaje, y dice:

¿Dónde estás, señora mia,
 Que no te duele mi mal?
 O no lo sabes, señora,
 O eres falsa y desleal.

Pesares ha de gustare.—
 Destas palabras y otras
 No cesaba de hablare,
 Llorando de los sus ojos
 Sin poderse conhortare.
 Esforzose Baldovinos
 Con el angustia mortale,
 Cuando conosció á su tío
 Alivio fuera á tomare:
 Tomóle entrambas las manos,
 Muy recio le fué apretare,
 Disimulando su pena
 Comenzó al marques á hablare.
 — No lloredes, señor tío,
 Por Dios no queráis llorare,
 Que me dáis doblada pena
 Y al alma hacéis penare;
 Mas lo que yo os encomiendo
 Es por mi queráis rogare,
 Y no me desampareis
 En este esquivo lugare,
 Hasta que yo haya espirado,
 No me querades dejare:
 Encomiéndoo á mi madre,
 Vos la queráis consolare,
 Que bien creo que mi muerte
 Su vida habrá de acabare;
 Encomiéndoo á mi esposa,
 Por ella queráis mirare;
 El mayor dolor que siento
 Es no le poder hablare.—
 Ellos estando en aquesto
 Su escudero fué á llegare:
 Un ermitaño traía
 Que en el bosque fué á hallare,
 Hombre de muy-santa vida,
 Del órden sacerdotal.
 Cuando llegó el ermitaño
 El alba quería quebrare;
 Esforzando á Baldovinos,
 Comenzóle amonestare
 Que olvidando aqueste mundo,
 De Dios se quiera acordare.
 Aparte se fué el marques
 Por dalles mejor lugare,
 El escudero á otra parte
 Tambien se fuera apartare:
 El marques de quebrantado
 Gran sueño le fué á tomare.
 Confesóse Baldovinos
 A toda su voluntad.
 Estando en su confesion,
 Ya que queria acabare,
 Las angustias de la muerte
 Comienzan de le aquejare:
 Con el dolor que sentía.
 Una gran voz fuera á dare:
 Llama á su tío el marques,

Comenzó así de hablare:
 — A Dios, á Dios, mi buen tío,
 A Dios os queráis quedare,
 Que yo me voy de este mundo
 Para la mi cuenta dare:
 Lo que os ruego y encomiendo
 No lo queráis olvidare:
 Dadme vuestra bendicion,
 La mano para besare.—
 Luégo perdiera el sentido,
 Luego perdiera el hablare,
 Los dientes se le cerraron,
 Los ojos vuelto se le hane,
 Recordó luego el marques,
 A él se fuera á llegare,
 Muchas veces lo bendice
 No cesando de llorare.
 Absolvióle el ermitaño,
 Por él comienza á rezare,
 Y á cabo de poco rato
 Baldovinos fué á espirare.
 El marques de verlo así
 Amortescido se hae,
 Consuélalo el ermitaño,
 Muchos ejemplos le dae:
 El marques como discreto
 Acuerdo fuera á tomare,
 Pues remediar no se puede,
 A haberse de conhortare.
 Lo que hacia el escudero
 Lástima era de mirare,
 Rascuñaba la su cara,
 Sus ropas rasgado hae,
 Sus barbas y sus cabellos
 Por tierra los va á lanzare.
 A cabo de una gran pieza,
 Que ambos cansados estane,
 El marques al ermitaño
 Comienza de preguntare:
 — Pidoos por Dios, padre honrado,
 Respuesta me queráis dare:
 ¿Dónde estamos, ó en qué reino,
 En qué señorío ó lugare?
 ¿Cómo se llama esta tierra?
 ¿Cuya es, y á qué mandare?—
 El ermitaño responde:
 — Pláceme de voluntad:
 Debeis de saber, señor,
 Que esta tierra sin poblare
 Otro tiempo fué poblada,
 Despoblóse por gran male,
 Por batallas muy crueles
 Que hubo en la cristiandade:
 A esta llaman la Floresta
 Sin ventura y de pesare,
 Porque nunca caballero
 En ella acaeció entrare
 Que saliese sin gran daño

O desastre desigual.
 Esta tierra es del marques
 De Mantua, la gran ciudade,
 Hasta Mantua son cien millas
 Sin poblado ni lugare,
 Sino sola una ermita
 Que á seis millas de aqui estae,
 Donde yo hago mi vida
 Por del mundo me apartare :
 El mas cercano poblado
 A veinte millas estae,
 Es una villa cercada
 Del ducado de Milane :
 Ved lo que quereis, señor,
 En que yo os pueda ayudare,
 Que por servicio de Dios
 Lo haré de voluntade,
 Y por vuestro acatamiento,
 Y por hacer caridade.—
 El marques que aquesto oyera
 Comenzó de rogare
 Que no recibiese pena
 De con el cuerpo quedare,
 Mientras él y el escudero
 El caballo van buscar
 Que alli cerca habia dejado
 En un prado á descansare.
 Plúgole al ermitaño
 Alli haberlos de esperare :
 El marques y el escudero
 El caballo van buscar,
 Por el camino do iban
 Comenzó á preguntare :
 — Digasme, buen escudero,
 Si Dios te quiera guardare,
 ¿ Qué venia tu señor
 Por esta tierra buscar,
 Y por qué causa lo han muerto,
 Y quién le fuera á matare?—
 Respondióle el escudero,
 Tal respuesta le fué á dare :
 — Por la fe que debo á Dios
 Yo no lo puedo pensare,
 Porque no lo sé, señor ;
 Lo que vi os quiero contare.
 Estando dentro en Paris
 En cortes del emperante,
 El principe don Carloto
 A mi señor envió á llamare ;
 Estuvieron en secreto
 Todo el dia en su hablare,
 Cuando la noche cerró
 Ambos se fueron armare.
 Cabalgaron á caballo,
 Salieron de la ciudade
 Armados de todas armas
 A guisa de peleare ;
 Yo salí con Baldovinos

Y con don Carloto un page :
 Ayer hubo quince dias
 Salimos de la ciudade.
 Luego cuando aqui llegamos
 A este bosque de pesare,
 Mi señor y don Carloto
 Mandaron nos esperare :
 Solos se entraron los dos
 Por aquel espeso valle ;
 El page estaba cansado,
 Gran sueño le fué á tomare,
 Yo pensando en Baldovinos
 No podia reposare.
 Apartéme del camino,
 En un árbol fui á pujare,
 A todas partes miraba
 Cuando los veria tornare.
 A cabo de un grande rato
 Caballo oi relinchare,
 Vi venir tres caballeros,
 Mi señor no vi tornare :
 Venian bañados en sangre,
 Luego vi mala señale ;
 El uno era don Carloto,
 Los dos no pude notare ;
 Con gran miedo que tenia
 No les osé preguntare.
 Dó quedaba Baldovinos,
 Dó le fueran á dejare :
 Mas abajéme del árbol,
 Entré por aquel pinare ;
 Desque los vi trasponer,
 Yo comencé de buscar
 A mi señor Baldovinos,
 Mas no lo podia hallare :
 El rastro de los caballos
 No dejaba de mirare.
 A la entrada de un llano,
 Al pasar de un arenale,
 Vi huella de otro caballo,
 La cual me pareció male ;
 Vi mucha sangre por tierra,
 De que me fui á espantare,
 En la orilla del rio
 El caballo fui á hallare,
 Mas adelante no mucho
 A Baldovinos vi estare,
 Boca abajo estaba en tierra
 (Ya casi queria espirare),
 Todo cubierto de sangre,
 Que apenas podia hablare.
 Levantáralo de tierra,
 Comencéle de limpiare,
 Por señas me demandó
 Confesor fuese á buscar.
 Esto es, noble señor,
 Lo que sé deste gran male.—
 En estas cosas hablando

El caballo van topare,
 Cabalgó en él el marques,
 Y á las ancas le fué á tomare ;
 A do quedó el ermitaño
 Presto tornado se hane.
 Desque hablaron un rato
 Acuerdo van á tomare
 Que se fuesen á la ermita,
 Y el cuerpo allá lo llevare.
 Pónenlo encima el caballo,
 Nadie quiso cabalgare,
 El ermitaño los guia,
 Comienzan de caminare,
 Llevan via de la ermita
 Aprisa y no de vagare.
 Desque allá hubieron llegado
 Van el cuerpo desarmare,
 Quince lanzadas tenia,
 Cada una era mortale,
 Que de la menor de todas
 Ninguno podria escapare.
 Cuando así lo vió el marques
 Traspasóse de pesare,
 Y á cabo de una gran pieza
 Un gran sospiro fué á dare.
 Entró dentro en la capilla,
 De rodillas se fué á hincare,
 Puso la mano en un ara
 Que estaba sobre el altare,
 Y en los piés de un crucifijo
 Jurando, empezó de hablare :
 — Juro por Dios poderoso (1),
 Por santa Maria su madre,
 Y al santo sacramento
 Que aqui suelen celebrare,
 De nunca peinar mis canas,
 Ni las mis barbas cortare,
 De no vestir otras ropas
 Ni renovar mi calzare,
 De no entrar en poblado,
 Ni las armas me quitare
 (Si no fuere una hora
 Para mi cuerpo limpiare),
 De no comer en manteles,
 Ni á mesa me asentare,
 Hasta matar á Carloto
 Por justicia ó peleare,
 O morir en la demanda
 Manteniendo la verdade,
 Y si justicia me niega
 Sobre esta tan gran maldade,
 De con mi estado y persona
 Contra Francia guerrear,
 Y manteniendo la guerra
 Morir ó vencer sin pare ;
 Y por este juramento

(1) Este es el juramento que recuerda Cervantes

El caballo van topare,
 Cabalgó en él el marques,
 Y á las ancas le fué á tomare;
 A do quedó el ermitaño
 Presto tornado se hane.
 Desque hablaron un rato
 Acuerdo van á tomare
 Que se fuesen á la ermita,
 Y el cuerpo allá lo llevare.
 Pónenlo encima el caballo,
 Nadie quiso cabalgare,
 El ermitaño los guía,
 Comienzan de caminar,
 Llevan via de la ermita
 Aprisa y no de vagare.
 Desque allá hubieron llegado
 Van el cuerpo desarmare,
 Quince lanzadas tenia,
 Cada una era mortale,
 Que de la menor de todas
 Ninguno podria escapare.
 Cuando así lo vió el marques
 Traspasóse de pesare,
 Y á cabo de una gran pieza
 Un gran suspiro fué á dare.
 Entró dentro en la capilla,
 De rodillas se fué á hincare,
 Puso la mano en un ara
 Que estaba sobre el altare,
 Y en los piés de un crucifijo
 Jurando, empezó de hablare:
 — Juro por Dios poderoso (1),
 Por santa Maria su madre,
 Y al santo sacramento
 Que aquí suelen celebrare,
 De nunca peinar mis canas,
 Ni las mis barbas cortare,
 De no vestir otras ropas
 Ni renovar mi calzare,
 De no entrar en poblado,
 Ni las armas me quitare
 (Si no fuere una hora
 Para mi cuerpo limpiare),
 De no comer en manteles,
 Ni á mesa me asentare,
 Hasta matar á Carloto
 Por justicia ó peleare,
 O morir en la demanda
 Manteniendo la verdade,
 Y si justicia me niega
 Sobre esta tan gran maldade,
 De con mi estado y persona
 Contra Francia guerreare,
 Y manteniendo la guerra
 Morir ó vencer sin pare;
 Y por este juramento

Prometo de no enterrare
 El cuerpo de Baldovinos
 Hasta su muerte vengare.—
 De que aquesto hubo jurado
 Mostró no sentir pesare;
 Rogando está al ermitaño
 Que le quisiese ayudare
 Para llevar aquel cuerpo
 Al mas cercano lugare.
 El ermitaño piadoso
 Su bestia le fué á dejare,
 Amortajaron el cuerpo,
 En ella lo van á posare,
 Con armas de Baldovinos
 El marques se fué á armare:
 Cabalgára en su caballo,
 Comienza de caminar.
 Camino van de la villa
 Que arriba oistes nombrare,
 Con él iba el ermitaño
 Por el camino mostrare.
 Antes que á la villa lleguen
 Una abadía van hallare
 De la órden de san Bernardo
 Que en una montaña estae,
 A la bajada de un puerto
 Y á la entrada de un lugare.
 Allá se fué el marques
 Y allí acordó quedare
 Por estar mas encubierto
 Y el cuerpo en guarda dejare,
 Hasta habelle un ataud
 Y habelle de embalsamare.
 Al ermitaño rogaba
 Dineros quiera tomare,
 Desque dineros no quiso
 Sus ricas joyas le dae:
 No quiso ninguna cosa,
 Su bestia fué á demandare,
 Despidióse del marques,
 A Dios le fué á encomendare:
 Despues de ser despedido
 Para su ermita se vae;
 Por el camino do vuelve
 A muchos topado hae
 Que al marques iban buscando,
 Llorando por le hallare.
 Muchos por él preguntaban,
 Las señales ciertas dane,
 Por las señas que le dieron
 Él conocido lo hae,
 Y á todos les respondia:
 — Yo os digo cierto verdade,
 Que un hombre de tales señas,
 Que no sé quién es ni cuale,
 Dos dias ha que le acompaño

(1) Este es el juramento que recuerda Cervantes en el cap. 40, parte I del *Quijote*.

Sin saber adónde vae :
Dejólo en un abadia
Que dicen de Floresvalle,
Con un caballero muerto
Que acaso fuera á hallare :
Si allá quereis ir, señores,
Hallaréislo de verdade.

II. — SENTENCIA
DADA CONTRA DON CARLOTO.
(Anónimo.)

En el nombre de Jesus
Que todo el mundo ha formado,
Y de la Virgen su madre,
Que de niño lo ha criado :
Nosotros Dardin Dardeña,
Delfin en Francia llamado ;
Don Alberto y don Reínero,
De tres estados nombrado,
El copde de Flandes viejo,
Consejero delegado,
Con el duque de Borgoña,
El primero en el juzgado,
Con el buen duque don Cárlos,
El regente, el sargentado,
Con el duque de Borbon
Don Grimalte, fiel cuñado
Del muy alto emperador,
Con la su hermana casado ;
El buen viejo don Beltrane
Con el conde de Foyxano,
Y el conde don Galalon
Con el duque de Bibiano,
Con el duque de Saboya,
Que venturas ha buscado,
Con el duque de Ferrara
Don Arnao, el gran Bastardo,
El almirante Guarinos,
En los mares estimado ;
Don Renaldos de Belanda,
Condestable diputado
En el lugar y mandar
Del sumo emperador Carlo :
Todos juntos en consejo
Y acuerdo deliberado,
Vista la requisicion
Qu'el buen marques nos ha dado,
Vista tambien la demanda
Qu'el mesmo ha procesado,
Vistas todas las respuestas
Que don Carloto ha enviado,
El proceso todo entero
Con gran fe desaminado,
Lo que venia de justicia
Y de derecho mirado,
Ni al uno por el otro
El derecho no quitado,

Teniendo á Dios en la piensa
Y en los ojos presentado ;
Visto que claro paresce
Por lo que se ha alegado,
Que segun la ley divina.
Quien mata ha de ser matado,
Con cuchillo ó sin cuchillo
A tal acto ejercitado ;
Y visto que traicion
Don Carloto ha intentado
En matar á Baldovinos
En un bosque despoblado,
Segun que claro se muestra
Por la confesion que ha dado
Don Carloto á la demanda
Qu'el marques ha presentado ;
Visto que punto por punto
El delito ha confesado
Por la pena del tormento,
Aunque lo habia negado ;
Y visto que nada obsta
Qu'él le haya sejuizado
A la real audiencia,
Pues que le han perdonado :
Lo que viene de justicia,
Nada otro no mirado,
Por esta nuestra sentencia,
Cada cual bien informado
Del hecho de la verdad,
Segun que se ha confesado,
Condenamos á Carloto :
Primero, á ser arrastrado
Por el campo y por la arena
Por un rocin mal domado :
Despues de lo cual queremos
Que sea descabezado
En un alto cadahalso,
Do pueda ser bien mirado
De fuera de la ciudad
Por donde será llevado ;
Despues de lo cual cumplido,
Y aquesto ser acabado,
Le corten manos y piés
Porque quede mas pagado,
Y despues de aquesto hecho
Que sea descuartzado :
Lo cual cumplido, queremos
Sea un edificio obrado
De piedra muy bien labrada
Y de canto bien picado,
Que sea en lo venidero
Memoria de lo pasado
Del caso de Baldovinos
Y de cómo fué vengado. —
Don Carloto temeroso,
Aunque era muy esforzado,
Tremecióse cuando oyó
Lo que se ha publicado.

Esforzóse cuanto pudo,
Una pluma ha demandado
Diéronle tinta y papel,
Una carta ha ordenado ;
Con un page que allí está
A don Roldan la ha enviado
Nadie sabe lo que envia
Para vello se ha apartado
Don Roldan, leyó la carta
Todo se ha alterado :
Él de cierto bien quisiera
Dar remedio en lo rogado
Doloroso y pensativo
Un poco tiempo ha quedado
Duda si debe hacer
Lo que le fué suplicado,
O si deba dar desvío
A lo que le es recitado :
Hallóse puesto en gran duelo
En gran estrecho y cuidado
El amor dice que haga,
El temor teme el mandado
Dese sumo emperador
Que al marques ha asegurado
Mas al fin quiere la sangre
Perder por la sangre estado
Delibera hacer respuesta
Que no esté atemorizado,
Que con parientes y amigos
El saldrá al campo armado
Con el deseo de perder
La vida, ó ser remediado.
Sin que gran rato pasase
Fué don Carloto informado
De lo que ordena Roldan,
De lo que fué algo gozado ;
Quiérello disimular,
Mas no pudo ser celado.
Allégase el condestable,
Y el papel le ha tomado :
Leído que fué el papel,
Por Paris se ha divulgado
Que don Roldan hace gente
Y que ejército ha juntado.
El emperador lo sabe,
Al marques ha avisado,
Manda poner á Carloto
Apercibido recaudo.
Pregonan por la ciudad
De que nadie sea osado,
So pena perder la vida,
De al otro dia ir armado.
A Roldan envió á decir
Que solo no sea osado
De mas estar en Paris
Hasta un año pasado,
So pena de ser traidor
Y por traidor publicado.

Teniendo á Dios en la piensa
 Y en los ojos presentado;
 Visto que claro parece
 Por lo que se ha alegado,
 Que segun la ley divina,
 Quien mata ha de ser matado,
 Con cuchillo ó sin cuchillo
 A tal acto ejercitado;
 Y visto que traicion
 Don Carloto ha intentado
 En matar á Baldovinos
 En un bosque despoblado,
 Segun que claro se muestra
 Por la confesion que ha dado
 Don Carloto á la demanda
 Qu'el marques ha presentado;
 Visto que punto por punto
 El delito ha confesado
 Por la pena del tormento,
 Aunque lo habia negado;
 Y visto que nada obsta
 Qu'el le haya sojuzgado
 A la real audiencia,
 Pues que le han perdonado:
 Lo que viene de justicia,
 Nada otro no mirado,
 Por esta nuestra sentencia,
 Cada cual bien informado
 Del hecho de la verdad,
 Segun que se ha confesado,
 Condenamos á Carloto:
 Primero, á ser arrastrado
 Por el campo y por la arena
 Por un rocín mal domado:
 Despues de lo cual queremos
 Que sea descabezado
 En un alto cadahalso,
 Do pueda ser bien mirado
 De fuera de la ciudad
 Por donde será llevado;
 Despues de lo cual cumplido,
 Y aquesto ser acabado,
 Le corten manos y piés
 Porque quede mas pagado,
 Y despues de aquesto hecho
 Que sea descuartizado:
 Lo cual cumplido, queremos
 Sea un edificio obrado
 De piedra muy bien labrada
 Y de canto bien picado,
 Que sea en lo venidero
 Memoria de lo pasado
 Del caso de Baldovinos
 Y de cómo fué vengado. —
 Don Carloto temeroso,
 Aunque era muy esforzado,
 Tremecióse cuando oyó
 Lo que se ha publicado.

Esforzóse cuanto pudo,
 Una pluma ha demandado;
 Diéronle tinta y papel,
 Una carta ha ordenado;
 Con un page que allí estaba
 A don Roldan la ha enviado;
 Nadie sabe lo que envia,
 Para vello se ha apartado
 Don Roldan, leyó la carta,
 Todo se ha alterado:
 Él de cierto bien quisiera
 Dar remedio en lo rogado.
 Doloroso y pensativo
 Un poco tiempo ha quedado,
 Duda si debe hacer
 Lo que le fué suplicado,
 O si deba dar desvío
 A lo que le es recitado:
 Hallóse puesto en gran duda,
 En gran estrecho y cuidado;
 El amor dice que haga,
 El temor teme el mandado
 Dese sumo emperador
 Que al marques ha asegurado:
 Mas al fin quiere la sangre
 Perder otro por la sangre estado.
 Delibera hacer respuesta
 Que no esté atemorizado,
 Que con parientes y amigos
 El saldrá al campo armado
 Con el deseo de perder
 La vida, ó ser remediado.
 Sin dón gran rato pasase
 Fué dón Carloto informado
 De lo que ordena Roldan;
 De lo que fué algo gozado;
 Quiérello disimular,
 Mas no pudo ser celado.
 Allégase el condestable,
 Y el papel le ha tomado:
 Leido que fué el papel,
 Por Paris se ha divulgado
 Que don Roldan hace gente
 Y que ejército ha juntado.
 El emperador lo sabe,
 Al marques ha avisado,
 Manda poner á Carloto
 Apercebido recaudo.
 Pregonan por la ciudad
 De que nadie sea osado,
 So pena perder la vida,
 De al otro dia ir armado.
 A Roldan envió á decir
 Que solo no sea osado
 De mas estar en Paris
 Hasta un año pasado,
 So pena de ser traidor
 Y por traidor publicado.

El marques, qu'el caso siente,
 A Reinaldos ha enviado
 Que á otro dia amaneciendo
 Sea sin falta llegado
 A las puertas de Paris
 Con tres mil hombres d'estado;
 De caballo lleve mil,
 Y que no sea mudado
 Hasta tanto que Carloto
 En medio será tomado,
 Y en el cadahalso sea puesto
 Para que fué sentenciado,
 Y que á cualquiera que venga
 Defienda lo encomendado.
 Otro dia de mañana
 Todo así fué acabado.
 Ya sacaban á Carloto
 Con fierros muy bien ferrado,
 Los pregoneros delante
 Su gran maldad publicando:
 Cuando fueron á la puerta,
 Don Reinaldos lo ha tomado,
 Y en medio toda su gente
 Lo ha bien aposentado.
 Cuando están en el lugar
 Do ha sido sentenciado,
 Delante toda Paris
 Fué todo ejecutado,
 Segun que por la sentencia
 Fué proveido y mandado.
 Así murió don Carloto,
 Quedando alevosado,
 Y Baldovinos viviendo,
 Aunque murió, muy honrado.

III. — (Anónimo.)

Grande estruendo de campanas
 Por todo Paris habia,
 Su doloroso sonido
 Las piedras entristecia
 Por muerte de un caballero,
 Baldovinos se decia,
 Uno era de los doce,
 Y de reyes descendia.
 Ya lo llevan á enterrar
 Con gran pompa en demasia.
 Grandes mortajas y lutos,
 Mucha gente le seguia.
 El gran número de hachas
 Vence la lumbre del dia,
 Cien pages cabe la tumba
 Que le lleva compañía;
 Muchos duques, muchos condes,
 Muy grande caballeria.
 Cantándole va responsos
 Infinita clerecía;
 El gran cardenal de Ostia

Por presbítero venia,
 El arzobispo de Milan
 De diácono servia,
 Por subdiácono de ellos.
 El obispo de Aux venia.
 Allí en San Juan de Letran:
 El aparato se hacia
 De una rica sepultura
 Que á las del mundo escedia.
 Toda era de piedra jaspe
 Y hermosa mazonería,
 Y unas columnas de mármol
 En donde se sostenia.
 Héchas pues ya las obsequias
 Como á él pertenecia,
 Ciñenle estoque dorado
 De muy gran precio y valia;
 Métenle yelmo muy rico
 De infinita pedrería;
 En hábito militar,
 Y armado por esta via,
 Lo meten en el sepulcro,
 Como usarse solia;
 Quedando el cuerpo con fama,
 Con gloria el alma subia.

ROMANCE DEL CONDE CLAROS
 DE MONTALVAN.
 (Anónimo.)

Media noche era por hilo (1),
 Los gallos querían cantar,
 Conde Claros por amores
 No podía reposar:
 Cuando muy grandes sospiros
 Que el amor le hacia dar,
 Porque amor de Claraniña
 No le deja sosegar;
 Cuando vino la mañana
 Que quería alborear,
 Salto diera de la cama,
 Que parece un gavilan.
 Voces da por el palacio
 Y empezára de llamar:
 — Levantaos, mi camarero,
 Dadme vestir y calzar. —
 Presto estaba el camarero
 Para habérselo de dar.
 Dírale calzas de grana,
 Borceguis de cordobán,
 Dírale jubon de seda
 Aferrado en zarzanan,
 Dírale un manto muy rico
 Que no se puede apreciar,

Trecientas piedras preciosas
 Al rededor del collar,
 Tráele un rico caballo
 Que en la corte no hay su par,
 Que la silla con el freno
 Bien valia una ciudad,
 Con trecientos cascabeles
 Al rededor del petral;
 Los ciento eran de oro,
 Y los ciento de metal,
 Y los ciento son de plata
 Por los sonos concordar.
 Ibase para el palacio,
 Para el palacio real;
 Y á la infanta Claraniña
 Allí la fuera á hablar:
 Trecientas damas con ella
 La iban á acompañar.
 Tan linda va Claraniña,
 Que á todos hace penar.
 Conde Claros que la vido
 Luego va á descabalgár,
 De rodillas en el suelo
 Le comenzó de hablar:
 — Mantenga Dios á tu alteza.
 — Conde Claros, bien vengais. —
 Las palabras que prosigue
 Eran para enamorar.
 — Conde Claros, conde Claros,
 El señor de Montalvan,
 ;Cómo habeis hermoso cuerpo
 Para con moros lidiar! —
 Respondiera el conde Claros,
 Tal respuesta le fué á dar:
 — Mejor le tengo, señora,
 Para con damas holgar.
 Si yo os tuviera esta noche,
 Mi señora, á mi mandar,
 Querria la otra mañana
 Con cient moros pelear,
 Y si á todos no venciese
 Que me mandasen matar.
 — Callede, conde, callede,
 Y no os querais alabar:
 El que quiere servir damas
 Así lo suele hablar,
 Y al entrar en las batallas
 Bien se saben escusar.
 — Si no lo crecis, señora,
 Por las obras se verá:
 Siete años son pasados
 Que os empecé de amar,
 Que de noche yo no duermo,
 Ni de dia puedo holgar.

(1) Así empieza el cap. 9, parte II del *Quijote*. Para empezarlo sin duda tuvo presente Cervantes el primer verso de este romance.

— Siem
 De las d
 Mas déj
 A los ba
 Cuando
 Estoy á
 Respon
 Tal resp
 — Bien
 Que soy
 Caza qu
 Nunca l
 Tomára
 Y para
 A la sor
 Y debaj

 Mas fort
 A placer
 Trujo al
 Que no
 Detras d
 Que rabi
 Vido est
 Con la ir
 El conde
 Empezó
 — Ven a
 Y Dios t
 De todo
 Que nos
 Daré m
 Y si más
 Casarte
 Que era
 Darte he
 La villa
 De otra p
 Mucho n
 El cazad
 No les qu
 Vase para
 Adonde e
 — Manté
 Y á tu cor
 Una nuev
 Dolorosa
 No te cum
 Ni en cab
 La coron
 Bien te la

(1) He aqu
 floreció en

Trecientas piedras preciosas
 Al rededor del collar,
 Tráete un rico caballo
 Que en la corte no hay su par,
 Que la silla con el freno
 Bien valia una ciudad,
 Con trecientos cascabeles
 Al rededor del petral;
 Los ciento eran de oro,
 Y los ciento de metal,
 Y los ciento son de plata
 Por los sonos concordar.
 Ibase para el palacio,
 Para el palacio real;
 Y á la infanta Claraniña
 Allí la fuera á hablar:
 Trecientas damas con ella
 La iban á acompañar.
 Tan linda va Claraniña,
 Que á todos hace penar.
 Conde Claros que la vido
 Luego va á descabalgár,
 De rodillas en el suelo
 Le comenzó de hablar:
 — Mantenga Dios á tu alteza.
 — Conde Claros, bien vengais. —
 Las palabras que prosigue
 Eran para enamorar.
 — Conde Claros, conde Claros,
 El señor de Montalvan,
 ¡Cómo habeis hermoso cuerpo
 Para con moros lidiar! —
 Respondiera el conde Claros,
 Tal respuesta le fué á dar:
 — Mejor le tengo, señora,
 Para con damas holgar.
 Si yo os tuviera esta noche,
 Mi señora, á mi mandar,
 Querria la otra mañana
 Con cient moros pelear,
 Y si á todos no venciese
 Que me mandasen matar.
 — Callede, conde, callede,
 Y no os querais alabar:
 El que quiere servir damas
 Así lo suele hablar,
 Y al entrar en las batallas
 Bien se saben escusar.
 — Si no lo creéis, señora,
 Por las obras se verá:
 Siete años son pasados
 Que os empecé de amar,
 Que de noche yo no duermo,
 Ni de dia puedo holgar.

— Siempre os preciastes, conde,
 De las damas os burlar:
 Mas déjame ir á los baños,
 A los baños á bañar,
 Cuando yo sea bañada
 Estoy á vuestro mandar. —
 Respondiérale el buen conde,
 Tal respuesta le fué á dar:
 — Bien sabedes vos, señora,
 Que soy cazador real;
 Caza que tengo en la mano
 Nunca la puedo dejar. —
 Tomárala por la mano,
 Y para un vergel se van,
 A la sombra de un cipres,
 Y debajo de un rosál

 Mas fortuna que es adversa
 A placeres y á pesar
 Trujo allí un cazador,
 Que no debía pasar,
 Detras de una podenca,
 Que rabia debía matar.
 Vido estar al conde Claros
 Con la infanta á lindo holgar:
 El conde cuando lo vido
 Empezóle de llamar.
 — Ven acá tú, el cazador,
 Y Dios te guarde de mal:
 De todo lo que has visto
 Que nos guardes poridad;
 Daréte mil marcos de oro,
 Y si más quisieres, mas;
 Casarte he con una doncella
 Que era mi prima carnal;
 Darte he en arras y en dote
 La villa de Montalvan,
 De otra parte la infanta
 Mucho mas te puede dar. —
 El cazador sin ventura
 No les quiso escuchar,
 Vase para los palacios
 Adonde el buen rey está.
 — Manténgate Dios, el rey,
 Y á tu corona real:
 Una nueva yo te traigo
 Dolorosa y de pesar:
 No te cumple traer corona.
 Ni en caballo cabalgár;
 La corona de la cabeza
 Bien te la puedes quitar,

Si tal deshonra como esta
 La hubieses de comportar,
 Que he hallado la infanta
 Con Claros de Montalvan,
 Besándola y abrazándola.
 En vuestro huerto real.

 El rey con muy grande enojo
 Mandó al cazador matar,
 Porque habia sido osado
 De tales nuevas llevar.
 Mandó llegar alguaciles
 Aprieta, no de vagar:
 Mandó armar quinientos hombres
 Que lo hayan de acompañar
 Para que prendan al conde
 Y le hayan de tomar,
 Y mandó cerrar las puertas,
 Las puertas de la ciudad.
 A las puertas de palacio
 Allí le fueron á hallar:
 Preso llevan al buen conde
 Con mucha riguridad,
 Unos grillos á los piés
 Que bien pesan un quintal;
 Las esposas á las manos,
 Que era dolor de mirar,
 Una cadena á su cuello
 Que de hierro era el collar;
 Cabálganle en una mula
 Por mas deshonra le dar:
 Metiéronle en una torre
 De muy gran escuridad:
 Las llaves de la prision
 El rey las quiso llevar,
 Porque sin licencia suya
 Nadie le pudiese hablar.
 Por él rogaban los grandes
 Cuantos en la corte están,
 Por él rogaba Oliveros,
 Por él rogaba Roldan,
 Y ruegan los doce pares
 De Francia la natural;
 Y las monjas de Sant' Ana
 Con las de la Trinidad (1)
 Llevaban un crucifijo
 Para el rey poder rogar:
 Con ellas va el arzobispo
 Y un perlado y cardenal,
 Mas el rey con grande enojo
 A nadie quiso escuchar,
 Antes de muy enojado
 Sus grandes mandó llamar:

ijote. Para empezarlo sin duda tuvo presente

(1) He aqui un anacronismo: Carlo Magno trinitaria se fundó en el primer año del siglo VIII y IX, y la religion trinitaria se fundó en el primer año del siglo XIII.

Cuando ya los tuvo juntos
 Empezóles de hablar :
 — Amigos é hijos míos ,
 A lo que os hice llamar ,
 Ya sabeis que el conde Claros ,
 El señor de Montalvan ,
 De niño yo le he criado
 Hasta ponello en edad ,
 Y le he guardado su tierra ,
 Que su padre le fué á dar ,
 El que morir no debiera ,
 Reinaldos de Montalvan ,
 Y por havello mas grande ,
 De lo mio le quise dar .
 Hícele gobernador
 De mi reino natural :
 Él por darme galardón
 Mirad en qué fué á tocar ,
 Que quiso forzar la infanta ,
 Hija mia natural .
 Hombre que lo tal comete
 ¿ Qué sentencia le han de dar ? —
 Todos dicen á una voz
 Que lo hayan de degollar ;
 Y así la sentencia dada
 El buen rey la fué á firmar .
 L'arzobispo qu'esto viera
 Al buen rey fué á hablar ,
 Pidiéndole por merced
 Licencia le quiera dar
 Para ir á ver al conde
 Y su muerte denunciar .
 — Pláceme, dijo el buen rey,
 Pláceme de voluntad ,
 Mas con esta condicion ,
 Que solo habeis de andar
 Con aqueste pagecico
 Que le va á acompañar . —
 Cuando vido estar al conde
 En su prision y pesar ,
 Las palabras que le dice
 Dolor eran de escuchar .

(1) De casi todos los romances antiguos históricos hay algunos trozos que, ó por mejor hechos, ó por mas populares, han servido de tema para hacer otros y para las glosas de los poetas. A este trozo del presente romance ha servido de tema otro mucho mas antiguo, quizá del siglo XIV, que se halla inserto en el *cancionero general*, impreso en folio en Valencia el año 1511, y dice así :

Pésame de vos, el conde,
 Porque así os quieren matar,
 Porque el yerro que hiciste
 Non fué mucho de culpar,
 Que los yerros por amores
 Dignos son de perdonar.
 Supliqué por vos al rey

— Pésame de vos, el conde (1),
 Cuanto me puede pesar,
 Que los yerros por amores
 Dignos son de perdonar.
 La desastrada caída
 De vuestra suerte y ventura,
 Y la nueva á mi venida,
 Sabed que hace mi vida
 Mas triste que la tristura ;
 De forma que no sé donde
 Pueda yo placer cobrar ;
 Y como á vos no se esconde,
 De vos me pesa, buen conde,
 Porque así os quieren matar.
 Los como vos esforzados,
 Para las adversidades
 Han de estar aparejados,
 Tanto á sufrir los cuidados,
 Como las prosperidades ;
 Pues el primero no fuistes
 Vencido por bien amar,
 No temais angustias tristes,
 Que los yerros que hicistes
 Dignos son de perdonar.
 Por vos he rogado al rey,
 Nunca me quiso escuchar,
 Antes ha dado sentencia
 Que os hayan de degollar ;
 Yo os lo dije bien, sobrino,
 Que os dejádes de amar,
 Que el que á las mugeres ama
 Atal galardón le dan,
 Que haya de morir por ellas
 Y en las cárceles penar . —
 Respondió presto el buen conde
 Con esfuerzo singular :
 — Callede por Dios, mi tío,
 No me queráis enojar,
 Quien no ama las mugeres
 No se puede hombre llamar ;
 Mas la vida que yo tengo
 Por ellas quiero gastar . —

Que os mandase dellbrar,
 Mas el rey con grande enojo
 Non me quisiera escuchar,
 Que la sentencia ya dada
 No se podia revocar,
 Pues dormistes con la infanta
 Habiéndola de guardar.
 Mas os valiera, sobrino,
 De las damas non curar,
 Que quien mas hace por ellas
 Tal espera de alcanzar,
 Que de muerto ó de perdido
 Ninguno puede escapar ;
 Que firmeza de mugeres
 Non puede mucho durar.
 — Que tales palabras, tío,
 Non las puedo comportar,
 Quiero mas morir por ellas
 Que vivir sin las mirar.

Respondióle el pagecico
 Tal respuesta le fué á dar
 — Conde, bien aventura
 Siempre os deben de llorar
 Porque muerte tan honra
 Por vos habia de pasar :
 Mas envidia he de vos,
 Que mancilla ni pesar :
 Mas quisiera ser vos, conde,
 Que el rey que os mandó
 Porque muerte tan honra
 Por mí hubiese de pasar
 Llama yerro la fortuna
 Quien no la sabe gozar,
 Que la priesa del cadaba
 Vos, conde, la debeis dar
 Si no es dada la sentencia
 Vos la debeis de firmar.
 El conde cuando esto oyó
 Tal respuesta le fué á dar
 — Por Dios te ruego, pagecico,
 En amor de caridad,
 Que vais á la princesa
 De mi parté á le rogar,
 Que suplico á la su alteza
 Que ella me salga á mirar
 Que en la hora de mi muerte
 Yo la pueda contemplar
 Que si mis ojos la ven
 Mi alma no ha de penar
 Ya se parte el pagecico,
 Ya se parte, ya se va,
 Llorando de los sus ojos
 Que queria reventar.
 Topára con la princesa,
 Bien oireis lo que dirá :
 — Agora es tiempo, pagecico,
 Que hayais de remediar
 Que á vuestro querido conde
 Lo llevan á degollar . —
 La infanta que esto oyó
 En tierra muerta se caía
 Damas, dueñas y doncellas
 No la pueden retornar,

(4) Desde este verso hasta el que dice "que mancilla ni pesar," sirvió de tema para el romance de Sosa, autor posterior que se halla en el *cancionero general*, impreso en folio en Valencia el año 1511.

Mas envidia he de vos,
 Que mancilla ni pesar,
 Porque muerte tan honra
 Por vida se ha de tomar.
 Llamo yerro á la fortuna
 Quien no la sabe juzgar
 Sin ventura en tales yerros
 Acierta quien puede errar

desame de vos, el conde(1),
 nto me puede pesar,
 los yerros por amores
 os son de perdonar.
 desastrada caída
 vuestra suerte y ventura,
 nueva á mí venida,
 ed que hace mi vida
 triste que la tristura;
 orma que no sé donde
 la yo placer cobrar;
 mo á vos no se esconde,
 os me pesa, buen conde,
 ue así os quieren matar.
 como vos esforzados,
 las adversidades
 de estar aparejados,
 o á sufrir los cuidados,
 o las prosperidades;
 el primero no fuistes
 cido por bien amar,
 emais angustias tristes,
 los yerros que hecistes
 os son de perdonar.
 vos he rogado al rey,
 ca me quiso escuchar,
 es ha dado sentencia
 os hayan de degollar;
 os lo dije bien, sobrino,
 os dejádes de amar,
 el que á las mugeres ama
 galardón le dan,
 haya de morir por ellas
 las cárceles penar. —
 ondió presto el buen conde
 esfuerzo singular:
 alledes por Dios, mi tío,
 me querais enojar,
 en no ama las mugeres
 e puede hombre llamar;
 la vida que yo tengo
 ellas quiero gastar. —

Que os mandase dellbrar,
 Mas el rey con grande enojo
 Non me quisiera escuchar,
 Que la sentencia ya dada
 No se podia revocar,
 Pues dormistes con la infanta
 Habiéndola de guardar.
 Mas os valiera, sobrino,
 De las damas non curar,
 Que quien mas face por ellas
 Tal espera de alcanzar,
 Que de muerto ó de perdido
 Ninguno puede escapar;
 Que firmeza de mugeres
 Non puede mucho durar.
 — Que tales palabras, tío,
 Non las puedo comportar,
 Quiero mas morir por ellas
 Que vivir sin las mirar.

Respondióle el pagecico,
 Tal respuesta le fué á dar:
 — Conde, bien aventurado
 Siempre os deben de llamar,
 Porque muerte tan honrada
 Por vos habia de pasar:
 Mas envidia he de vos, conde (1),
 Que mancilla ni pesar:
 Mas quisiera ser vos, conde,
 Que el rey que os manda matar,
 Porque muerte tan honrada
 Por mí hubiese de pasar.
 Llama yerro la fortuna
 Quien no la sabe gozar,
 Que la priesa del cadahalso
 Vos, conde, la debeis dar;
 Si no es dada la sentencia,
 Vos la debeis de firmar. —
 El conde cuando esto oyera
 Tal respuesta le fué á dar:
 — Por Dios te ruego, page,
 En amor de caridad,
 Que vais á la princesa
 De mi parte á le rogar,
 Que suplico á la su alteza
 Que ella me salga á mirar,
 Que en la hora de mi muerte
 Yo la pueda contemplar,
 Que si mis ojos la ven
 Mi alma no ha de penar. —
 Ya se parte el pagecico,
 Ya se parte, ya se va,
 Llorando de los sus ojos
 Que queria reventar.
 Topára con la princesa,
 Bien oireis lo que dirá:
 — Agora es tiempo, señora,
 Que hayais de remediar,
 Que á vuestro querido el conde
 Lo llevan á degollar. —
 La infanta que esto oyera
 En tierra muerta se cae;
 Damas, dueñas y doncellas
 No la pueden retornar,

(1) Desde este verso hasta el que dice « Vos la debeis de firmar, » sirvió de tema al de Lope de Sosa, autor posterior que floreció á principios del siglo XV, inserto en el *Cancionero general*, impreso en folio en Valencia el año 1514.

Mas envidia he de vos, conde,
 que mancilla ni pesar,
 Porque muerte tan honrada
 Por vida se ha de tomar.
 Llama yerro á la fortuna
 quien no la sabe juzgar:
 Sin ventura en tales yerros
 Acierta quien puede errar.

Hasta que llegó su aya,
 La que la fué á criar.
 — ¿Qué es aquesto, la infanta?
 Aquesto ¿qué puede estar?
 — ¡Ay de mí, triste, mezquina!
 Que no ~~qué~~ puede estar,
 Que si al conde me matan,
 Yo habré de desesperar.
 — Saliédes vos, mi hija,
 Saliédeslo á quitar. —
 Ya se parte la infanta,
 Ya se parte, ya se va:
 Fuése para el mercado
 Donde lo han de sacar:
 Vido estar el cadahalso
 En que lo han de degollar,
 Damas, dueñas y doncellas
 Que salen á mirar.
 Vió venir la gente d'armas
 Que lo traen á matar,
 Los pregoneros delante
 Por su yerro publicar:
 Con el poder de la gente
 Ella no podia pasar.
 — Apartaos, gente d'armas,
 Todos me haced lugar,
 Si no... por vida del rey,
 Á todos mande matar. —
 La gente que la conoce
 Luego le hacen lugar,
 Hasta que llegó al conde
 Y le empezára de hablar:
 — Esforzá, esforzá, el buen conde,
 Y no querais desmayar,
 Que aunque yo pierda la vida
 La vuestra se ha de salvar. —
 El alguacil que esto oyera
 Comenzó de caminar;
 Vase para los palacios
 A donde el buen rey está.
 — Cabalgue la vuestra alteza
 Apriesa, no de vagar,
 Que salida es la infanta
 Para el conde nos quitar:

Mas querría ser vos muerto,
 Que el rey que os manda matar,
 Porque él muere en quedar vivo
 No queriéndos perdonar.
 No le demos esta gloria,
 Pues no la supo ganar,
 Pues le era mayor victoria
 Que mandaros degollar.
 La priesa del cadahalso,
 Conde, vos la debeis dar,
 Porque tan alta sentencia
 No se haya de revocar,
 Que en la vida está la muerte,
 Y en la muerte el descansar,
 Y en la causa está el consuelo
 Con que os habeis de alegrar.

Los unos manda que maten,
Y los otros ahorcar:
Si vuestra alteza no acorre,
Yo no puedo remediar. —
El buen rey de que esto oyera
Comenzó de caminar,
Y fuése para el mercadó;
Adonde el conde fué á hallar.
— ¿Qué es aquesto, la infanta?
Aquesto ¿qué puede éstar?
¿La senténcia que yo he dado
Vos la queréis revocar?
Yo juro por mi corona,
Por mi corona real,
Que si heredero tuviese
Que me hubiese de heredar,
Que á vos y al conde Claros
Vivos os haria quemar.
— Que vos me mateis, mi padre,
Muy bien me podeis matar,
Mas suplico á vuestra alteza
Que se quiera él acordar
De los servicios pasados
De Reinaldos de Montalvan,
Que murió en las batallas
Por tu corona ensalzar:
Por los servicios del padre
Lo debes galardonar;
Por mal querer de traidores
Vos no le debeis matar,
Que su muerte será causa
Que me hayais de disfamar;
Mas suplico á vuestra alteza
Que se quiera aconsejar,
Que los reyes con furor
No deben de sentenciar,
Porque el conde es de linage
Del reino mas principal,
Porque él era de los doce
Que á tu mesa comen pan,
Sus amigos y parientes
Todos te querrian mal:
Revolveros han en guerra,
Los reinos se perderán. —
El buen rey cuando esto oyera
Comenzára á demandar.
— Consejo os pido, los míos,
Que me queráis aconsejar. —
Luego todos se apartaron
Por su consejo tomar:
El consejo que le dieron
Que lo háya de perdonar
Por quitar males y bregas,
Y la princesa afamar.
Todos firman el perdon,
El buen rey lo fué á firmar;
Tambien le aconsejaron,
Fuéronle consejo á dar,

Pues la infanta queria al conde,
Con él haya de casar.
Ya desfierran al buen conde,
Ya le mandan desferrar,
Descabalga de la mula
El arzobispo á desposar.
Él tomólos de las manos,
Así los hubo de juntar.
Los enojos y pesares
Placeres se han de tornar.

ROMANCE DEL CONDE ALARCOS.

(Anónimo.)

Retraida está la infanta,
Bien así como solía,
Viviendo muy descontenta
De la vida que tenía,
Viendo que ya se pasaba
Toda la flor de su vida,
Y que el rey no la casaba,
Ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
A quién se descubriría,
Y acordó llamar al rey,
Como otras veces solía,
Por decirle su secreto
Y la intencion que tenía.
Vino el rey siendo llamado,
Que no tardó su venida:
Vidola estar apartada,
Sola está sin compañía,
Su lindo gesto mostraba
Ser mas triste que solía.
Conociera luego el rey
El enojo que tenía.
— ¿Qué es aquesto, la infanta?
¿Qué es aquesto, hija mia?
Contadme vuestros enojos,
No tomeis malenconía,
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaría.
— Menester será, buen rey,
Remediar la vida mia,
Que á vos quedé encomendada
De la madre que tenía.
Con vergüenza os lo demando,
No con gana que tenía,
Que aquestos cuidados tales
A vos, rey, pertenecian. —
Escuchada su demanda,
El buen rey la respondia:
— Esa culpa, la infanta,
Vuestra era, que no mia,
Que ya fuéades casada
Con el principe de Hungría;
No quisistes escuchar
La embajada que venia,

Pues acá en las nubes
Hija, mal recaudo ha
Si no era el conde Alarcos,
Que hijos y muger tenia.
— Convidaldo vos, el conde,
Al conde Alarcos un día,
Y despues que hayais comido,
Decilde de parte mia,
Decilde que se acuerde
De la fe que dél tenía,
La cual él me prometió,
Que yo no se la pedía,
De ser siempre mi marido,
Y yo que su muger ser
Yo fui dello muy contenta
Y que no me arrepentía
Si casó con la condesa,
Que mirára lo que hacia
Que por él no me casé
Con el principe de Hungría,
Si casó con la condesa
Dél es culpa, que no mia
Perdiera el rey en la oír
El sentido que tenía,
Mas despues en sí tornado
Con enojo respondia:
— No son estos los consejos
Que vuestra madre os da
Muy mal mirastes, infanta,
Do estaba la honra mia.
Si verdad es todo eso,
Vuestra honra ya es perdida
No podeis vos ser casada
Mientras la condesa viva.
Si se hace el casamiento
Por razon ó por justicia,
En el decir de las gentes
Por mala sereis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
Que el mio no bastaria,
Que ya es muerta vuestra madre
A quien consejo pedia.
— Pues yo os lo daré, buen rey,
Deste poco que tenía:
Mate el conde á la condesa,
Que nadie no lo sabria,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenía,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida.
Desta manera, buen rey,
Mi honra se guardaria. —
De allí se salia el rey
No con placer que tenía;
Lleno va de pensamientos
Con la nueva que sabia;
Vido estar al conde Alarcos
Entre muchos, que decia:

Pues la infanta queria al conde,
Con él haya de casar.
Ya desfierran al buen conde,
Ya le mandan desferrar,
Descabalga de la mula
El arzobispo á desposar.
Él tomólos de las manos,
Así los hubo de juntar.
Los enojos y pesares
Placeres se han de tornar.

ROMANCE DEL CONDE ALARCOS.
(Anónimo.)

Retraida está la infanta,
Bien así como solía,
Viviendo muy descontenta
De la vida que tenía,
Viendo que ya se pasaba
Toda la flor de su vida,
Y que el rey no la casaba,
Ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
A quién se descubriría,
Y acordó llamar al rey,
Como otras veces solía,
Por decirle su secreto
Y la intencion que tenía.
Vino el rey siendo llamado,
Que no tardó su venida:
Vidola estar apartada,
Sola está sin compañía,
Su lindo gesto mostraba
Ser mas triste que solía.
Conociera luego el rey
El enojo que tenía.
— ¿Qué es aquesto, la infanta?
¿Qué es aquesto, hija mía?
Contadme vuestros enojos,
No tomeis malenconía,
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaria.
— Menester será, buen rey,
Remediar la vida mía,
Que á vos quedé encomendada
De la madre que tenía.
Con vergüenza os lo demando,
No con gana que tenía,
Que aquestos cuidados tales
Á vos, rey, pertenecian. —
Escuchada su demanda,
El buen rey la respondia:
— Esa culpa, la infanta,
Vuestra era, que no mía,
Que ya fuéades casada
Con el príncipe de Hungría;
No quisistes escuchar
La embajada que venia,

Pues acá en las nuestras cortes,
Hija, mal recaudo habia,
Si no era el conde Alarcos
Que hijos y muger tenia.
— Convidaldo vos, el rey,
Al conde Alarcos un día,
Y despues que hayais comido
Decilde de parte mía,
Decilde que se acuerde
De la fe que dél tenía,
La cual él me prometió,
Que yo no se la pedia,
De ser siempre mi marido
Y yo que su muger seria.
Yo fui dello muy contenta
Y que no me arrepentia.
Si casó con la condesa,
Que mirára lo que hacia,
Que por él no me casé
Con el príncipe de Hungría:
Si casó con la condesa
Dél es culpa, que no mía. —
Perdiera el rey en la oír
El sentido que tenía,
Mas despues en sí tornado
Con enojo respondia:
— No son estos los consejos
Que vuestra madre os decia;
Muy mal mirastes, infanta,
Do estaba la honra mía.
Si verdad es todo eso,
Vuestra honra ya es perdida:
No podeis vos ser casada
Mientras la condesa viva.
Si se hace el casamiento
Por razon ó por justicia,
En el decir de las gentes
Por mala sereis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
Que el mio no bastaria,
Que ya es muerta vuestra madre
A quien consejo pedia.
— Pues yo os lo daré, buen rey,
Deste poco que tenía:
Mate el conde á la condesa,
Que nadie no lo sabria,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenía,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida.
Desta manera, buen rey,
Mi honra se guardaria. —
De allí se salia el rey
No con placer que tenía;
Lleno va de pensamientos
Con la nueva que sabia;
Vido estar al conde Alarcos
Entre muchos, que decia:

— ¿Qué aprovecha, caballeros,
Amar y servir amiga,
Siendo servicios perdidos
Donde firmeza no habia?
No pueden por mí decir
Aquesto que yo decia,
Que en el tiempo que servi
Una que tanto queria,
Si bien la quise entonces
Agora mas la queria;
Mas por mí pueden decir
Quien bien ama tarde olvida. —
Estas palabras diciendo
Vido al buen rey que venia,
Y hablando con el rey
De entre todos se salia.
Dijole el buen rey al conde
Hablando con cortesia:
— Convidaros quiero, conde,
Por mañana en aquel día
Que querais comer conmigo
Por tenerme compañía.
— Que se haga de buen grado
Lo que su alteza decia:
Beso sus manos reales
Por la buena cortesia:
Detenerme he aquí mañana,
Aunque estaba de partida,
Que la condesa me espera
Segun carta que me envia. —
Otro día de mañana
El rey de misa salia,
Luego se asentó á comer,
No por gana que tenía,
Sino por hablar al conde
Lo que hablarle queria.
Allí fueron bien servidos
Como á rey pertenecia:
Despues que hubieron comido,
Toda la gente salida,
Quedóse el rey con el conde
En la tabla do comia.
Empezó el rey de hablar
La embajada que traia:
— Unas nuevas traigo, conde,
Que dellas no me placia,
Por las cuales yo me quejo
De vuestra descortesia:
Prometistes á la infanta
Lo que ella no os pedia,
De siempre ser su marido,
Y á ella que le placia.
Si á otras cosas pasaste,
No entro en esa porfia.
Otra cosa os digo, conde
De que mas os pesaria:
Que mateis á la condesa
Que así cumple á la honra

Echeis fama de que es muerta
 Los unos de cierto mal que tenia,
 Y los otros tratarse ha el casamiento
 Si vuestra alto cosa no sabida,
 Yo no puedo que no sea deshonrada
 El buen rey de que tanto queria. —
 Comenzó de cis estas razones
 Y fuése para e ten conde respondia :
 Adonde el cond puedo negar, el rey,
 — ¿Qué es aque la infanta decia,
 Aquesto ¿que que es muy gran verdad
 ¿La sentencia quanto me pedia.
 Vos la quereis miedo de vos, el rey,
 Yo juro por casé con quien debia,
 Por mi coro pensé que vuestra alteza
 Que si her n ello consentiria.
 Que me De casar con la infanta
 Que á ve Yo, señor, bien casaria;
 Vivos os Mas matar á la condesa,
 — Que Señor rey, no lo haria,
 Muy b Porque no debe morir
 Mas su La que mal no merecia.
 Que se De morir tiene, buen conde,
 De los s Por salvar la honra mia,
 De Rel Pwes no mirastes primero
 Que murió, que mirar se debia :
 Por tu coro no muere la condesa
 Por los ser vos costará la vida.
 Lo debes s or la honra de los reyes
 Por mal q muchos sin culpa morian,
 Vos no le ue muera pues la condesa
 Que su No es muchá maravilla.
 Que me l Yo la mataré, buen rey,
 Mas sup Mas no sea la culpa mia,
 On Vos os avendréis con Dios
 En el fin de vuestra vida,
 Y prometo á vuestra alteza;
 A fe de caballeria,
 Que me tengan por traidor
 Si lo dicho no cumplia
 De matar á la condesa,
 Aunque mal no merecia.
 Tod Buen rey, si me dais licencia,
 Revo Luego yo me partiria.
 Los re — Vayais con Dios, el buen conde,
 El bu Ordenad vuestra partida. —
 Comen Llorando se parte el conde,
 — Conse, llorando sin alegría;
 Que me q oraba tambien el conde
 Luego todos tres hijos que tenia,
 Por su consiño era de teta,
 El consejo q la condesa lo cria,
 Que lo háya de l queria mamar
 Por quitar males mas que tenia
 Y la princesa afamara u madre,
 Todos firman el perdoi conocia;
 El buen rey lo fué á fir queños,
 Tambien le aconsejaron an.
 Fuéronle consejo á dar.

Antes que el conde llegase,
 Estas razones decia :
 — ¿Quién podrá mirar, condesa,
 Vuestra cara de alegría,
 Que saldreis á recibirme
 A la fin de vuestra vida?
 Yo soy el triste culpado,
 Esta culpa toda es mia. —
 En diciendo estas palabras,
 Ya la condesa salia,
 Que un page le habia dicho
 Como el conde ya venia.
 Vido la condesa al conde
 La tristeza que tenia,
 Vió los ojos llorosos
 Que hinchados los tenia
 De llorar por el camino
 Mirando el bien que perdia.
 Dijo la condesa al conde :
 — Bien vengais, bien de mi vida :
 ¿Qué habeis, el conde Alarcos?
 ¿Porqué llorais, vida mia?
 Que venis tan demudado
 Que cierto no os conocia.
 No parece vuestra cara
 Ni el gesto que ser solia;
 Dadme parte del enojo
 Como dais de Palegria.
 Decídmelo luego, conde,
 No mateis la vida mia.
 — Yo lo diré bien, condesa,
 Cuando la hora seria.
 — Si no me lo decis, conde,
 Cierto yo reventaria.
 — No me fatigueis, señora,
 Que no es la hora venida.
 Cenemos luego, condesa,
 D'aqueo que en casa habia.
 — Aparejado está, conde,
 Como otras veces solia. —
 Sentóse el conde á la mesa,
 No cenaba ni podia,
 Con sus hijos al costado,
 Que muy mucho lo queria.
 Echóse sobre los hombros,
 Hizo como que dormia,
 De lágrimas de sus ojos
 Toda la mesa cubria.
 Mirándolo la condesa
 Que la causa no sabia,
 No le preguntaba nada,
 Que no osaba ni podia.
 Levantóse luego el conde,
 Dijo que dormir queria;
 Dijo tambien la condesa
 Que ella tambien dormiria;
 Mas entre ellos no habia sueño,
 Si la verdad se decia.

Vanse el conde y la condesa
 A dormir donde solian :
 Dejan los niños de fuera,
 Que el conde no los queria :
 Lleváronse el mas chiquito,
 El que la condesa cria :
 El conde cierra la puerta,
 Lo que hacer no solia.
 Empezó de hablar el conde
 Con dolor y con mançilla :
 — ¡O desdichada condesa,
 Grande fué la tu desdicha!
 — No soy desdichada, conde,
 Por dichosa me tenia
 Solo en ser vuestra muger :
 Esta fué gran dicha mia.
 — Si bien lo mirais, condesa,
 Esa fué vuestra desdicha.
 Sabed que en tiempo pasado
 Yo amé á quien servia,
 La cual era la infanta.
 Por desdicha vuestra y mia
 Prometí casar con ella,
 Y á ella que le placia
 Demándame por marido
 Por la fe que me tenia.
 Puédelo muy bien hacer
 Por razon y por justicia :
 Dijomelo el rey su padre
 Porque della lo sabia.
 Otra cosa manda el rey
 Que toca en el alma mia :
 Manda que murais, condesa,
 A la fin de vuestra vida,
 Que no puede tener honra
 Siendo vos, condesa, viva. —
 De qu'esto oyó la condesa,
 Cayó en tierra mortecida :
 Mas despues en sí tornada
 Estas palabras decia :
 — Pagados son mis servicios,
 Conde, con que yo os servia :
 Si no me matais, el conde,
 Yo bien os consejaria :
 Enviédsme á mis tierras
 Que mi padre me ternia ;
 Yo criaré vuestros hijos
 Mejor que la que vernia,
 Y os mantendré castidad
 Como siempre os mantenia.
 — De morir habeis, condesa,
 Antes que amanezca el día.
 — Bien parece, conde Alarcos,
 Yo ser sola en esta vida,
 Porque tengo el padre viejo,
 Mi madre ya es fallecida,
 Y mataron á mi hermano
 El buen conde don García,

Antes que el conde llegase,
Estas razones decía:
— ¿Quién podrá mirar, condesa,
Vuestra cara de alegría,
Que saldreis á recibirme
A la fin de vuestra vida?
Yo soy el triste culpado,
Esta culpa toda es mía. —
En diciendo estas palabras,
Ya la condesa salía,
Que un page le había dicho
Como el conde ya venía.
Vido la condesa al conde
La tristeza que tenía,
Vióle los ojos llorosos
Que hinchados los tenía
De llorar por el camino
Mirando el bien que perdía.
Dijo la condesa al conde:
— Bien vengais, bien de mi vida:
¿Qué habeis, el conde Alarcos?
¿Porqué llorais, vida mía?
Que venis tan demudado
Que cierto no os conocía.
No parece vuestra cara
Ni el gesto que ser solía;
Dadme parte del enojo
Como dais de la alegría.
Decídmelo luego, conde,
No mateis la vida mía.
— Yo lo diré bien, condesa,
Cuando la hora sería.
— Si no me lo decis, conde,
Cierto yo reventaría.
— No me fatigéis, señora,
Que no es la hora venida.
Cenemos luego, condesa,
D'aqueño que en casa había.
— Aparejado está, conde,
Como otras veces solía. —
Sentóse el conde á la mesa,
No cenaba ni podía,
Con sus hijos al costado,
Que muy mucho los quería.
Echóse sobre los hombros,
Hizo como que dormía,
De lágrimas de sus ojos
Toda la mesa cubría.
Mirándolo la condesa
Que la causa no sabía,
No le preguntaba nada,
Que no osaba ni podía.
Levantóse luego el conde,
Dijo que dormir quería;
Dijo también la condesa
Que ella también dormiría;
Mas entre ellos no había sueño,
Si la verdad se decía:

Vanse el conde y la condesa
A dormir donde solían:
Dejan los niños de fuera,
Que el conde no los quería:
Lleváronse el mas chiquito,
El que la condesa crió:
El conde cierra la puerta,
Lo que hacer no solía.
Empezó de hablar el conde
Con dolor y con manilla:
— ¡O desdichada condesa,
Grande fué la tu desdicha!
— No soy desdichada, conde,
Por dichosa me tenía
Solo en ser vuestra muger:
Esta fué gran dicha mía.
— Si bien lo mirais, condesa,
Esa fué vuestra desdicha.
Sabed que en tiempo pasado
Yo amé á quien servía,
La cual era la infanta.
Por desdicha vuestra y mía
Prometí casar con ella,
Y á ella que le placía
Demándame por marido
Por la fe que me tenía.
Puédelo muy bien hacer
Por razon y por justicia:
Dijomelo el rey su padre
Porque della lo sabía.
Otra cosa manda el rey
Que toca en el alma mía:
Manda que murais, condesa,
A la fin de vuestra vida,
Que no puede tener honra
Siendo vos, condesa, viva. —
De qu'esto oyó la condesa,
Cayó en tierra mortecida:
Mas despues en sí tornada
Estas palabras decía:
— Pagados son mis servicios,
Conde, con que yo os servía:
Si no me matais, el conde,
Yo bien os aconsejaría:
Enviédesme á mis tierras
Que mi padre me ternía;
Yo criaré vuestros hijos
Mejor que la que vernía,
Y os mantendré castidad
Como siempre os mantenía.
— De morir habeis, condesa,
Antes que amanezca el día.
— Bien parece, conde Alarcos,
Yo ser sola en esta vida,
Porque tengo el padre viejo,
Mi madre ya es fallecida,
Y mataron á mi hermano
El buen conde don García,

Que el rey lo mandó matar
Por miedo que dél tenía.
No me pesa de mi muerte,
Porque yo morir tenía,
Mas pésame de mis hijos
Que pierden mi compañía:
Hacémoslos venir, conde,
Y verán mi despedida.
— No los vereis mas, condesa,
En días de vuestra vida:
Abrazad ese chiquito
Que aqueste es el que os perdía.
Pésame de vos, condesa,
Cuanto pesar me podía.
No os puedo valer, señora,
Que mas me va que la vida;
Encomendaos á Dios,
Qu'esto de hacerse tenía.
— Dejeisme decir, buen conde,
Una oracion que sabía.
— Decídla presto, condesa,
Antes que amanezca el día.
— Presto la habré dicho, conde,
No estaré un Ave María. —
Afinóse en la tierra
Y esta oracion decía:
« En las tus manos, Señor,
« Encomiendo el alma mía:
« No me juzgues mis pecados
« Segun que yo merecía,
« Mas segun tu gran piedad
« Y la tu gracia infinita. »
— Acabada es ya, buen conde,
La oracion que yo sabía;
Encomiéndooos esos hijos
Que entre vos y mi había,
Y rogad á Dios por mí
Mientras tuiédeses vida,
Que á ello sois obligado,
Pues que sin culpa moría.
Dédeme acá ese hijo,
Mamará por despedida.
— No lo despertéis, condesa,
Dejaldo estar que dormía,
Sino que os pido perdon,
Porque ya llegaba el día.
— A vos yo perdono, conde,
Por amor que vos tenía;
Mas yo no perdono al rey,
Ni á la infanta su hija,
Sino que queden citados
Delante la alta justicia,
Que allá vayan á juicio
Dentro de los treinta días. —
Estas palabras diciendo,
El conde se apercibía:
Echóle por la garganta
Una toca que tenía;

Apretó con las dos manos
 Con la fuerza que podía,
 No le aflojó la garganta
 Mientras que vida tenía.
 Cuando ya la vido el conde
 Trespasada y fallecida,
 Desnudóle los vestidos
 Y las ropas que tenía,
 Echóla encima la cama,
 Cubrióla como solía,
 Desnudóse á su costado
 Obra de un Ave María,
 Levantóse dando voces
 A la gente que tenía:
 — Socorro, mis escuderos,
 Que la condesa se fina. —
 Hallan la condesa muerta
 Los que á socorrer venían.
 Así murió la condesa
 Sin razon y sin justicia;
 Mas tambien todos murieron
 Dentro de los treinta dias.
 Los doce dias pasados
 La infanta ya se moría,
 El rey á los veinte y cinco,
 El conde al treinteno dia.
 Allá fueron á dar cuenta
 A la justicia divina:
 Acá nos dé Dios su gracia
 Y allá la gloria cumplida.

I. — ROMANCE DE MONTESINOS.

(Anónimo.)

Cata Francia, Montesinos (1),
 Cata Paris la ciudad,
 Cata las aguas de Duero
 Do van á dar en la mar;
 Cata palacios del rey,
 Cata los de don Beltran,
 Y aquella que ves mas alta
 Y que está en mejor lugar
 Es la casa de Tomillas,
 Mi enemigo mortal.
 Por su lengua difamada
 Me mandó el rey desterrar,
 Y he pasado á causa desto
 Mucha sed, calor y hambre,
 Trayendo los piés descalzos,
 Las uñas corriendo sangre.
 A la triste madre tuya
 Por testigo puedo dar.
 Que te parió en una fuente
 Sin tener en que te echar:

Yo triste quité mi sayo
 Para haber de cobijarte,
 Ella me dijo llorando
 Por te ver tan mal pasar:
 «Tomes este niño, conde,
 «Y lléveslo á cristianar,
 «Llamédesle Montesinos,
 «Montesinos le llamad.» —
 Montesinos que lo oyera
 Los ojos volvió á su padre,
 Las rodillas por el suelo
 Empezóle de rogar
 Le quisiese dar licencia,
 Que en Paris quiere pasar,
 Y tomar sueldo del rey
 Si se lo quisiere dar,
 Por vengarse de Tomillas,
 Su enemigo mortal,
 Que si sueldo del rey toma
 Todo se puede vengar.
 Ya que despedirse quieren,
 A su padre fué á rogar
 Que á la triste de su madre
 Él la quiera consolar,
 Y de su parte le diga
 Que á Tomillas va buscar.
 — Pláceme, dijera el conde,
 Hijo, por te contentare. —
 Ya se parte Montesinos
 Para en Paris entrare,
 Y en entrando por las puertas
 Luego quiso preguntar
 Por los palacios del rey
 Que se los quieran mostrar.
 Los que se lo oían decir
 Del se empiezan á burlar;
 Viéndolo tan mal vestido
 Piensan que es loco ó truhan:
 En fin, muéstranle el palacio.
 Entró en la sala real,
 Halló que comía el rey,
 Don Tomillas á la par.
 Mucha gente está en la sala,
 Por él no quieren mirar.
 Desque hubieron ya comido
 Al jedrez van á jugar
 Solos el rey y Tomillas,
 Sin nadie á ellos hablár,
 Si no fuera Montesinos
 Que llegó á los mirar;
 Mas el falso don Tomillas,
 En quien nunca hubo verdad,
 Jugára una treta falsa,
 Donde no pudo callar

(1) Se ha tomado del *Cancionero de Roman-*
ces hasta el verso que dice «Que á Tomillas va
 á buscar;» y desde aquí de la *Silva de varios*

romances, siendo esta parte parecida á la del
 «De Mérida sale el palmero.»

Un atauc
 ¿A dó va
 Celín, d
 Matólo
 Sin razo
 En una
 De que
 Llóralo
 Porque
 ¿A dó v
 Con é
 Y un all
 Y cuatro
 Con mu
 Y dicen
 De un a
 ¿A dó v
 Mesar
 Que en
 Y de en
 Un licor
 Y sobre
 Viertem
 ¿A dó
 Y los
 Ver tam
 Llevan
 Y aunq
 Dicen l
 Mil sus
 ¿A dó
 Una
 Que de
 Sale llo
 Mil lag
 Y con

Conte
 Fronter
 El valie
 Que va
 Que un
 De su v
 De su p
 Por hac
 Parado
 La lanz
 Unas v
 Y otras
 — ¡O p
 Presto

Yo triste quité mi sayo
 Para haber de cobijarte,
 Ella me dijo llorando
 Por te ver tan mal pasar :
 « Tomes este niño , conde,
 « Y lléveslo á cristianar,
 « Llamédesle Montesinos ,
 « Montesinos le llamad. » —
 Montesinos que lo oyera
 Los ojos volvió á su padre,
 Las rodillas por el suelo
 Empezóle de rogar
 Le quisiese dar licencia ,
 Que en Paris quiere pasar,
 Y tomar sueldo del rey
 Si se lo quisiere dar,
 Por vengarse de Tomillas,
 Su enemigo mortal,
 Que si sueldo del rey toma
 Todo se puede vengar.
 Ya que despedirse quieren,
 A su padre fué á rogar
 Que á la triste de su madre
 El la quiera consolar,
 Y de su parte le diga
 Que á Tomillas va buscar.
 — Pláceme, dijera el conde,
 Hijo, por te contentare. —
 Ya se parte Montesinos
 Para en Paris entrare,
 Y en entrando por las puertas
 Luego quiso preguntar
 Por los palacios del rey
 Que se los quieran mostrar.
 Los que se lo oían decir
 Del se empiezan á burlar;
 Viéndolo tan mal vestido
 Piensan que es loco ó truhan :
 En fin, muéstranle el palacio.
 Entró en la sala real,
 Halló que comía el rey,
 Don Tomillas á la par.
 Mucha gente está en la sala,
 Por él no quieren mirar.
 Desque hubieron ya comido
 Al 'jedrez van á jugar
 Solos el rey y Tomillas,
 Sin nadie á ellos hablar,
 Si no fuera Montesinos
 Que llegó á los mirar ;
 Mas el falso don Tomillas,
 En quien nunca hubo verdad,
 Jugára una treta falsa,
 Donde no pudo callar

romances, siendo esta parte parecida á la del
 « De Mérida sale el palmero. »

Un ataud acompañando.
¿ A dó va el mal logrado
Celin, del alma y vida despojado?
 Matóle el pasado dia
 Sin razon un moro airado
 En una fiesta solemne,
 De que hubo presto el pago :
 Llóralo toda Granada,
 Porque en extremo es amado.
¿ A dó va el desdichado, etc.
 Con él van sus deudos todos,
 Y un alfaquí señalado,
 Y cuatro moras hermanas,
 Con muchos en su resguardo ;
 Y dicen al son funesto
 De un atambor destemplado :
¿ A dó va el desdichado, etc.
 Mesan los rubios cabellos
 Que enlazan á un libertado,
 Y de entre ellos va saliendo
 Un licor claro y salado.
 Y sobre rostros de nieve
 Vierten el color rosado.
¿ A dó va el desdichado, etc.
 Y los moros que mas sienten
 Ver tan espantoso caso,
 Llevan roncás las gargantas ;
 Y aunque en son callado y bajo,
 Dicen los moros y moras,
 Mil suspiros arrojando :
¿ A dó va el desdichado, etc.
 Una mora, la mas vieja,
 Que de niño lo ha criado,
 Sale llorando al encuentro,
 Mil lágrimas derramando,
 Y con furia y accidente

Pregunta al bando enlutado :
 — *¿ A dó va mi hijo amado*
Celin, del alma y vida despojado?
¿ A dó vais, bien de mi vida?
¿ Cómo así me habeis dejado?
¿ Qué es del amor increíble
Que siempre me habeis mostrado?
¿ Quién eclipsó vuestros ojos,
Luz de los míos cansados?
¿ Dó vais, mi hijo amado
Celin, del alma y vida despojado?
¿ Dónde os llevan, hijo mio,
 En estos pechos criado?
¿ Quién mudó vuestro color
 Y el rostro apacible y claro?
¿ Quién ha sido el homicida,
 Y de ánimo tan osado?
¿ A dó va mi hijo amado
Celin, del alma y vida despojado?
 Diez y seis años hoy hace,
 Ved cuán contados los traigo,
 Que vuestra madre os parió,
 Y yo os crié en mi regazo :
 Yo crié un fuerte muro,
 Aunque lo veo derribado,
Pues saltáis, mi hijo amado
Celin, del alma y vida despojado. —
 Con estas lamentaciones,
 Sin que la sientan dar cabo,
 De lágrimas hace rios
 Por adonde van pasando.
 Y á darle la sepultura
 Dentro en su villa han entrado,
Del triste y desdichado
Celin, del alma y vida despojado.

ROMANCES DE AUDALLA.

1.

Contemplando estaba en Ronda,
 Frontero del ancha cueva,
 El valiente moro Audalla,
 Que va la vuelta de Teba;
 Que un honroso pensamiento
 De su voluntad lo lleva
 De su patria desterrado,
 Por hacer del háfio prueba.
 Parado sobre el caballo,
 La lanza en el hombro puesta,
 Unas veces mira al pueblo,
 Y otras hablando se eleva.
 — ¡ O patria desconocida,
 Presto oírás de mí la nueva,

Que si envidia te ha movido,
 Mayor envidia te mueva!
 Ya que me diste ocasion
 Que tu propia sangre beba,
 No permita el alto cielo
 Que haga lo que yo no deba;
 Y antes que del frio invierno
 El sol la humedad embeba,
 Verás que mi claro nombre
 Con mas valor se renueva.
 ¡ Mal haya el halcon ligero
 Que en ruin presa se ceba,
 Y el que padeciendo sed
 Aguarda á que el cielo llueva!
 ¡ Mal haya quien no se ampara
 Del frio si ve que nieva,

Y el que espera que en su casa
Otro menor se le atreva! —
Dijo : y antes que el enojo
La sangre mas le remueva,
Volvió riendas al caballo,
Y va la vuelta de Teba.

II.

Ponte á las rejas azules,
Deja la manga que labras,
Melancólica Jarifa;
Verás al galan Audalla,
Que nuestra calle pasea
En una yegua alazana,
Con un jaez verde oscuro,
Color de muerta esperanza.
Si sales presto, Jarifa,
Verás como corre y para,
Que no lo iguala en Jerez
Ningun ginete de fama,
Hoy ha sacado tres plumas,
Una blanca y dos moradas,
Que cuando corre ligero,
Todas tres parecen blancas.
Si los hombres le bendicen,
Peligro corren las damas :
Bien puedes salir á verle,
Que hay muchas á las ventanas.
¡Bien siente la yegua el dia
Que su amo viste galas!
Que va tan briosa y loca
Que revienta de lozana;
Y con la espuma del freno
Teñidas lleva las bandas,
Que entre las peinadas crines
El hermoso cuello enlazan. —
Jarifa, que al moro adora,
Y de sus zelos se abrasa,
Los ojos en la labor,
Así le dice á su aya :
— Dias ha, Celinda amiga,
Que sé como corre y pára :
Quien corre al primer deseo.
Al segundo pára el alma.
No me mandes que le vea,
¡ Pluguiera á fortuna varia,
Que como sé lo que corre,
Él supiera lo que alcanza !
Muy corrida me han tenido
Sus carreras y mis ansias :
Las secretas por mi pena,
Las públicas por mi fama.
Por mas colores de plumas,
No hayas miedo que allá salga,
Porque ellas son el fiador
De sus fingidas palabras :
Por otras puede correr,

De las muchas que le alaban,
Que basta que en mi salud
El tiempo toma venganza.

III.

Despues de los fieros golpes,
Que con gran destreza y saña
Se dieron los fuertes moros
Azar y el valiente Audalla,
Azar se quedó en su tierra,
No olvidando á Celindaja,
Y Audalla vuelve á la corte
A ver á su Lindaraja,
Por tener zelos el moro
De Albenzaide que la amaba,
Que por ser rico, y él pobre,
Teme quiebre la palabra.
Dice : — ¡ Lindaraja mia !
¡ Dulce prenda de mi alma !
Haz que muera esta sospecha
Que en mi corazon escarba.
No permitas que Albenzaide
Se ponga alegre guirnalda,
Ni que de esperanzas mias
Lleve triunfando la palma. —
Y volviendo el rostro al cielo
Vió que en medio su jornada
Estaba ya el rojo Febo
Dando al mundo luz dorada,
Y con la pesada fiesta
La gente en silencio estaba,
Temiendo el grave rigor
Que sus claros rayos lanzan.
Entrando por Val del Moro,
Queriendo tomar posada,
Se acordó que en el cortijo
Un álamo grande estaba,
Que con sus ramos hojosos,
Cubriendo del sol la cara,
Hace una agradable sombra,
Que á sueño convida y llama.
Camina derecho á ella
A descansar, que se halla
Fatigado del calor,
Que cuerpo y alma se abrasa :
Entrado que fué en la cerca
Vió que destroncado estaba :
Sabida la causa, fué
Porque pidieron las damas
A los galanes del pueblo,
Que le despojen de ramas
Que les hace el gesto feo
Y verdinegras las caras.
Suspira el moro, diciendo :
— Amor artero, ¿ en qué andas,
Que no contento con hombres,
Gustas que mueran las plantas ?

de las muchas que le alaban,
que basta que en mi salud
el tiempo toma venganza.

III.

Después de los fieros golpes,
que con gran destreza y saña
dieron los fuertes moros
azar y el valiente Audalla,
azar se quedó en su tierra,
lo olvidando á Celindaja,
y Audalla vuelve á la corte
ver á su Lindaraja,
por tener celos el moro
de Albenzaide que la amaba,
que por ser rico, y él pobre,
le teme quiebre la palabra.
Dice: — ¡Lindaraja mía!
Dulce prenda de mi alma!
¿Qué haz que muera esta sospecha
que en mi corazón escarba.
No permitas que Albenzaide
se ponga alegre guirnalda,
ni que de esperanzas mías
leve triunfando la palma. —
Y volviendo el rostro al cielo
vió que en medio su jornada
estaba ya el rojo Febo
dando al mundo luz dorada,
y con la pesada fiesta
la gente en silencio estaba,
temiendo el grave rigor
que sus claros rayos lanzan.
Entrando por Val del Moro,
queriendo tomar posada.
Se acordó que en el cortijo
un álamo grande estaba,
que con sus ramos hojosos,
cubriendo del sol la cara,
hace una agradable sombra.
Que á sueño convida y llama.
Camina derecho á ella
á descansar, que se halla
fatigado del calor,
que cuerpo y alma se abraza:
Entrado que fué en la cerca
vió que destroncado estaba:
Sabida la causa, fué
porque pidieron las damas
á los galanes del pueblo,
que le despojen de ramas
que les hace el gesto feo
y verdinegras las caras.
Suspira el moro, diciendo:
— Amor artero, ¿en qué andas,
que no contento con hombres,
gustas que mueran las plantas?

Mostrádome has con el dedo
la prueba de las mudanzas,
con que renuevas mi pena
y pagas al que te ama. —
Vuelve al caballo la rienda,
ardiendo en zelosa llama,
y por en medio del pueblo
la lanza en el hombro, pasa
jurando no descansar
antes de ver á su dama,
que de medrosas sospechas
no se escapa quien bien ama.

IV.

A los suspiros que Audalla
arimado á un fresno arroja,
las fieras bajan humildes
de las encumbradas rocas.
Ayúdanle á sus lamentos,
con gritos y voces roncadas,
porque hasta los animales
de su pena se congojan.
Es la ocasión de su llanto
daraja, una ingrata mora,
hija de Zulema, alcaide
de Guadix, Velez y Ronda;
que sin mirar los servicios
de dos años, quiso agora,
por una injusta sospecha,
borrarle de su memoria;
y fué que en cierto sarao
sobre una blanca marlota
sacó escrita aquesta letra:
« Aborrezco á quien me adora. »
Entendió que se decía
por ella, y por sí lo toma,
y sin aguardar mas causa
privó al moro de su gloria.
Desterróle á media noche
con esta palabra sola:
— Si á quien te adora aborreces,
que te olvide tanto monta. —
Cerró con esto el balcon,
y Audalla con mas congoja
se sale desesperado
al mismo instante de Ronda.

V.

Galanes, los de la corte
del rey Chico de Granada,
quien dama Zegrí no sirve,
no diga que sirve dama;
ni es justo, pues que se emplea
su fe tan mal, que le valgan
del amor los privilegios,
ni las leyes de la gala;

Ni que delante la reina
en los saraos de la Alhambra
se le consienta danzar
entre sus damas la zambra;
ni que el dulce nombre de ella
le cifre en letras grabadas,
ni bordado en la librea
le saque en fiesta de plaza;
ni que pueda del color
de su dama sacar banda,
Almaizar listado de oro,
Travesado por la adarga;
ni atar al robusto brazo
mano blanca, toca blanca
para tirar los bohordos
y para jugar las cañas;
ni que ponga en camaseo
ni en tarjeta de oro ó plata,
debajo de ricas plumas,
su retrato por medalla;
ni yegua color de cisne,
de clin ni cola alheñada
para ruar el terrero,
la puerta ni la ventana. —
Esto plantó en un cartel
el enamorado Audalla,
Galan, Zegrí de linage
y que bella Zegrí amaba;
pero las damas Gomeles,
que eran muchas y muy damas,
y las pocas Bencerrages
que han quedado desta casta,
y algunas Almoradies,
este papel enviaban,
siendo por voto de todas
Fátima la secretaria.
— Audalla, si á cortesia
no está sujeto quien ama,
perdona lo que léyeres;
si lo estás, escucha y calla,
que damas hay en la corte
que ya que por su desgracia
les falte gracia contigo,
pluma y pico no les falta.
Para quedar satisfechas,
o podrán muy poco ó nada
contra ofensas de carteles
satisfacciones de cartas.
Sobre el cuerno de la luna
las damas Zegrís levantas;
pero hasta llegar á ellos
todo es aire lo que pasas:
á sus galanes preferes
privilegios y ventajas
en máscaras y saraos,
en juegos y encamisadas:
preferérelas norabuena,
y dales blason y fama

De gala, de ocio y de paz,
 En guerra, batalla y armas.
 ¿Mas qué se le dará de esto,
 Ni qué tendrá por infamia
 Quien no quiso perdonar
 Al regalo de su casa,
 Viendo el cristiano que tiene
 La ciudad así sitiada,
 Y de católicas tiendas
 Coronada la campaña;
 Y viendo que en nuestro tiempo
 De Genil las olas claras
 Ha dos años que se heben
 Con tanta sangre como agua;
 Y que á los demas galanes
 Son libreas las corazas,
 Refriegas los caracoles,
 Y los bohordos son lanzas;
 Y quien sabe prometer
 Con soberbia y arrogancia
 La cabeza del maestre
 De la cruz de Calatrava,
 Cuando prendieron al rey
 En sangrienta lid trabada,
 El alcaide y los donceles
 El fuerte conde de Cabra,
 Y partiendo á Santa Fe,
 Mas á vella que á estorballa,
 Despues de ocupado un dia
 En aquesta empresa escasa,
 Con mas salud que partió,
 Y mas luciente la lanza,
 Y la adarga mas entera,
 Y la yegua ni aun sudada,
 Viendo que las damas quedan
 Del Alhambra en la muralla,
 Para mirar los guerreros
 Y para ver lo que pasa,
 Por tener continuo vuelta
 A su señora la cara,
 Al primer encuentro vuelve
 Al cristiano las espaldas?
 Sírvase de eso quien gusta
 De este amor, de esta crianza,
 Y de ver hombres en hechos,
 Y leones en palabras,
 Que gozára de mil años,
 Muy segura y confiada,
 Que si de edad no muriere,
 No morirá de lanzada.

VI.

Galanes, damas Gomeles,
 Con las de esotros bandos,
 Nosotras moras Zegries
 Saludes os enviamos.
 La carta que le escribisteis

A nuestro Audalla preciado,
 Despues de andar en la corte
 De una mano en otra mano,
 Vino á parar en las nuestras;
 Si nos pesó lo callamos:
 Baste que nos dió contento
 Que Audalla hubiese hallado
 Quien de escribir sus hazañas
 Haya tenido cuidado,
 Y de que sus coronistas
 Seais, sin que os dé salario:
 Aunque nosotras queremos
 Que se os señale muy largo,
 Pues tan largas habeis sido,
 Y tan bien habeis glosado.
 El cartel que en el Alhambra
 Fué por Audalla plantado,
 No hablaba con las damas,
 Sino con los cortesanos,
 Con los que os quieren y adoran,
 Y serviros es su trato:
 De ellos era el responder,
 Y á vosotras escusado;
 Mas á falta de hombres buenos
 Habeis por ellos hablado.
 Juntasteis vuestro cabildo,
 Usurpasteis cetro y mando,
 Y elegisteis secretaria,
 Que escribió lo decretado.
 ¡Por cierto fué grande hazaña!
 ¿Pues no visteis el agravio
 Que á los galanes hicisteis,
 A quien hacer era dado
 El descargo del cartel,
 Pues era solo en su daño?
 Habeis mostrado con esto
 Que entre todos ha faltado
 Quien satisfacer pudiese
 Con tal descargo á tal cargo;
 O que estiman en tan poco
 Ser de vosotras amados,
 Que el aumento de palabras
 (Que es nada) estiman en algo.
 ¿Muza por ventura duerme?
 ¿O solo sabe en palacio,
 Delante del rey y las damas,
 Mostrarse brioso y bravo?
 ¿Ha cobrado el ramillete?
 ¿Ha ya de la Vega echado
 Al maestre y los demas
 Que nos matan con rebatos?
 ¡Bien se parece, pues vemos
 A Bajamed tan lozano,
 Aunque aldabadas ahora
 Da á las puertas el cruzado!
 Decid que Muza responda
 A Audalla, que no al cristiano:
 Y si escusarse pretende,

Por vivir desesperado,
 Como lo muestra el color
 De amarillo disfrazado,
 Tome por él la redonda
 Abindarraez gallada,
 Muestre los grandiosos
 Que ha de Jarifa
 Y cuán diestro y
 En hacer mal á un
 Y en sujetarle y
 Ya de este, ya de
 Mas como no es e
 Como en las burles
 Ni jamas se vió e
 Con los cristianos
 No es justo se car
 En que no está e
 Y mas viviendo
 Que en esto es cu
 Pues por no tener
 Ambos á dos han
 No quitar cristian
 Ni manchar con
 Visto que no trat
 Serán estos escus
 Y suplirá Reduan
 La falta de tanto
 Galan que ganó
 En una noche so
 Y engañado con
 Le tuvo por acab
 Y así prometien
 Darle á Jaen en
 Sin ver los incon
 Que pudieran es
 A la conquista p
 Y dió á ella tan
 Que hoy Granad
 Y Jaen de don E
 Volved por estos
 Queredlos y aca
 Favorecedlos, se
 Que es justo ser
 Pues segun sus
 Muy cierto asegu
 Que si del lodo
 Se les contará á

Mira, Tarfe,
 No me la mires
 Que es alma de
 Y criada con m
 Y que el bien d
 No pueden may
 Que el mal que
 Si es que mal p

A nuestro Audallapreciado,
 Despues de andar en la corte
 De una mano en otra mano,
 Vino á parar en las nuestras;
 Si nos pesó lo llamamos:
 Baste que nos dió contento
 Que Audalla hubiese hallado
 Quien de escribir sus hazañas
 Haya tenido cuidado,
 Y de que sus coronistas
 Seais, sin que os dé salario:
 Aunque nosotras queremos
 Que se os señale muy largo,
 Pues tan largas habeis sido,
 Y tan bien habeis glosado.
 El cartel que en el Alhambra
 Fué por Audalla plantado,
 No hablaba con las damas,
 Sino con los cortesanos,
 Con los que os quieren y adoran,
 Y serviros es su trato:
 De ellos era el responder,
 Y á vosotras escusado;
 Mas á falta de hombres buenos
 Habeis por ellos hablado.
 Juntasteis vuestro cabildo,
 Usurpasteis cetro y mando,
 Y elegisteis secretaria,
 Que escribió lo decretado.
 ¡Por cierto fué grande hazaña!
 ¿Pues no visteis el agravio
 Que á los galanes hicisteis,
 A quien hacer era dado
 El descargo del cartel,
 Pues era solo en su daño?
 Habeis mostrado con esto
 Que entre todos ha faltado
 Quien satisfacer pudiese
 Con tal descargo á tal cargo;
 O que estiman en tan poco
 Ser de vosotras amados,
 Que el aumento de palabras
 (Que es nada) estiman en algo.
 ¿Muza por ventura duerme?
 ¿O solo sabe en palacio,
 Delante del rey y las damas,
 Mostrarse brioso y bravo?
 ¿Ha cobrado el ramillete?
 ¿Ha ya de la Vega echado
 Al maestro y los demas
 Que nos matan con rebatos?
 ¡Bien se parece, pues vemos
 A Bajamed tan lozano,
 Aunque aldabadas ahora
 Da á las puertas el cruzado!
 Decid que Muza responda
 A Audalla, que no al cristiano:
 Y si escusarse pretende,

Por vivir desesperado,
 Como lo muestra en salir
 De amarillo disfrazado,
 Tome por él la recuesta
 Abindarraez gallardo,
 Muestre los grandes favores
 Que ha de Jarifa alcanzado,
 Y cuán diestro y suelto es
 En hacer mal á un caballo,
 Y en sujetarle y volverle
 Ya de este, ya de aquel lado:
 Mas como no es en las veras
 Como en las burlas probado,
 Ni jamas se vió en batalla
 Con los cristianos lidiando;
 No es justo se cargue de armas
 En que no está ejercitado,
 Y mas viviendo Aliatar,
 Que en esto es cual él probado,
 Pues por no tenerse envidia
 Ambos á dos han jurado
 No quitar cristiana vida,
 Ni manchar con sangre el campo.
 Visto que no tratan de armas,
 Serán estos escusados,
 Y suplirá Reduan
 La falta de tantos faltos:
 Galan que ganó á Jaen
 En una noche soñando,
 Y engañado con tal sueño,
 Le tuvo por acabado;
 Y así prometiendo al rey
 Darle á Jaen en las manos,
 Sin ver los inconvenientes
 Que pudieran estorbarlo,
 A la conquista partió,
 Y dió á ella tan buen cabo,
 Que hoy Granada es del rey Chico,
 Y Jaen de don Fernando.
 Volved por estos galanes,
 Queredlos y acariciadlos,
 Favorecedlos, servidlos,
 Que es justo ser estimados;
 Pues segun sus claros hechos,
 Muy cierto aseguramos,
 Que si del lodo no os ponen,
 Se les contará á milagro.

VII.

Mira, Tarfe, que á Daraja
 No me la mires ni hables,
 Que es alma de mis despojos,
 Y criada con mi sangre,
 Y que el bien de mis cuidados
 No pueden mayor bien darme
 Que el mal que paso por ella,
 Si es que mal puede llamarse.

¿A quién mejor que á mi fe
 Esta mora puede darse,
 Si ha seis años que en mi pecho
 Tiene la mas noble parte? —
 Esto dijo Almoradi,
 Y escuchóle atento Tarfe,
 Entrambos moros mancebos,
 Y de los mas principales;
 Y arqueando entrambas cejas
 Con airosos ademanes,
 Sin cólera le responde,
 Pidiendo le escuche y calle.
 — Dices que Daraja es tuya,
 Y que de su amor me aparto:
 Si lo hiciera, si á mi vida
 Tanta vida no costase.
 Nunca tú por su servicio,
 Como yo escaramuzaste,
 Ni en su presencia al maestro
 Caballo y lanza ganaste:
 Caballeros de la cruz
 Cautivos no la enviaste,
 Ni las medias lunas nuevas
 Entre sus tiendas plantaste;
 Ni con agua hasta los pechos
 Por Genil atravesaste,
 Para quitar al maestre
 La cabeza de Albenzaide;
 Ni delante de las damas,
 Entre el rio y el adarve,
 Tres cabezas de cristianos
 A tu dama presentaste;
 Ni es bien que suyo se miente
 Quien salió ayer al alcance,
 Y fué postrero en salir,
 Y primero en retirarse;
 Y que cuando entre esos moros
 Cristianos despojos parten,
 Se está rizando el cabello,
 Tratando de retratarse.
 Retrátate, Almoradi;
 Pero es bien que te retrates
 De tus mugeriles hechos,
 Y en cosa de hombres no trates;
 Pues suena mal que te estés
 Entre invenciones y trages,
 Cuando tus deudos y amigos
 Andan cubiertos de sangre;
 Y cuando con los contrarios,
 Sin que ganemos ni ganen,
 Nos matamos mano á mano,
 Tú con las moras te mates;
 Y que en vez de echarte al hombro
 La malla y turques alfange,
 Te eches bordadas marlotas,
 Y vayas á ruar calles:
 Mira que es fama en Granada,
 Y aun en el campo se sabe,

Que hay un moro entre nosotros ,
 Almoradi de linage,
 Que cuando á la escaramuza
 Los moros mancebos salen ,
 Con un enfermo accidente
 Se finge por escusarse.
 Mira pues si son hazañas
 Estas que tus brazos hacen ,
 Para que mi bella mora
 Me deje de amar y te ame.
 Mira si te favorece
 Como á los demas galanes
 Los favorecen sus moras
 Con empresas y almaizares.
 La mañana de San Juan ,
 Cuando á escaramuzas sales ,
 Nunca de su blanca mano
 Blanca toca te tocaste ;
 Ni en las zambras y saraos
 Se sabe que te mirase ,
 Como á mí que me miró ,
 Mandándome que descanse ,
 Y los dos danzamos juntos
 Cuando se casó Albenzaide ;
 Y vive Alá , que me pesa
 De que tanto se declare ,
 Porque su valor y prendas ,
 Su discrecion y sus partes ,
 De mas de un dichoso moro
 Merecen enamorarse.
 Deja los intentos locos ,
 Si ya no quieres que pase
 A mas que conversacion
 Las arrogancias que hablaste :
 Refrena la lengua un poco ,
 Y piensa , que el hablar hace
 Continuamente gran daño
 Donde se siente el ultraje ;
 Porque ha de entender el juez ,
 Primero que sentenciare ,
 Las culpas , que no sentencie
 La pena de la otra parte :
 Mira que aunque cuesta poco
 El hablar , suele estimarse
 Una palabra en mas precio
 Que el oro que un reino vale ;
 Así que , apartarte es bien
 Del principio que tomaste ,
 Sin querer que nadie goce
 De lo que tú no alcanzaste ,
 Si no es , Tarfe , que te sueñas
 Que puedes señor llamarte ,
 En ser servidor de damas ;
 Pero no que ellas te amen. —
 El Almoradi acabó ,
 Dejando al galan de Tarfe
 Entre turbado y furioso ,
 Prometiéndole de vengarse.

VIII.

El espejo de la corte ,
 Aquel celebrado Audalla ,
 El querido de su rey ,
 Y el mas noble de su casa ;
 Respetado por su sangre ,
 Y temido por su espada ,
 Amado del reino todo ,
 Respetado de las damas ;
 Corrido de que en la corte
 Del rey Chico de Granada
 No se guarde aquel decoro
 Que las leyes de amor mandan ,
 A Tarfe y Almoradi ,
 Que fueron de ello la causa ,
 El uno con damerias ,
 Y el otro con arrogancias ;
 En una fiesta solemne
 Que se hizo en el Alhambra
 La noche que se casaron
 Benzulema y Celindaja ,
 Hallando Audalla ocasion
 Para lo que deseaba ,
 Los dos de la competencia
 Le oyeron estas palabras :
 — Mis amigos sois entrambos ,
 Y entrambos sois de mi casa ,
 Y como á tal , mis razones
 Escuchareis si no os cansan.
 No fuera bien , caballeros ,
 Que á costa de agena fama ,
 Den los cuerpos á entender
 Las pasiones de las almas ,
 Y que todo el vulgo diga
 Por las calles y las plazas ,
 Que Tarfe y Almoradi
 Se acuchillan por Daraja ;
 Que el uno la llama suya ,
 Y el otro suya la llama ;
 Que uno se alabe de cosas
 Que el otro tambien se alaba ,
 Y que estimei en tan poco
 El valor de vuestra dama ,
 Que os pinteis favorecidos
 Los dos , y digais que os ama.
 Yo tengo por muy sin duda ,
 Y en toda la corte es fama ,
 Que á entrambos os favorece ,
 Y á ninguno ha dado banda.
 Pésame de que se entienda
 Entre la gente cristiana ,
 Que la que en Granada vive
 Es tan poco cortesana ;
 Pues dirá Puertocarrero ,
 Famoso señor de Palma ,
 Que en las honras femeniles
 Ensayamos las espadas ,

VIII.

Y que cortan nuestras lenguas
 En el honor de las damas,
 Harto mas que en sus aceros
 Cortan nuestras cimitarras;
 Que acá nos echamos plumas,
 Cuando ellos nos echan lanzas,
 Y deshonramos las moras,
 Cuando ellos honran las armas;
 Que prometemos cabezas,
 Cuando hay en las nuestras falta,
 Y nuestra braveza toda
 Se convierte en amenazas.
 Si Tarfe de esta señora
 Quiere grangear la gracia,
 Hacerlas, y no decir las,
 Son las finas arrogancias;
 Y si Almoradí pretende
 Por lo lindo grangearla,
 Tenga mayor el secreto,
 Y menor la confianza. —
 En esto salió la reina
 Con el rey á ver la zambra.
 Y así cesó por entonces
 La plática comenzada.

IX.

Aquel que pára es Hamete,
 Este que corre es Audalla,
 El que en tu fe mal segura
 Fatigan sus esperanzas.
 ¡Qué firme que va en la silla!
 ¡Qué bien que embraza la adarga!
 ¡Qué segura lanza lleva!
 ¡Qué bien matizada manga!
 Tres veces paró la yegua,
 Hizo mesura otras tantas
 A tu balcon, cuyas rejas
 Son mas que tu pecho blandas.
 Tras tantas nubes de olvido,
 Por favor divino aguarda
 De tu sol los rayos bellos,
 Que á dalle su gloria salgan.
 Acábense las tinieblas
 De su pena y tu venganza:
 Bellísima Zara, espera,
 Abriré las dos ventanas;
 ¿Qué imágen como la tuya,

Desde Genil á Jarama
 Sustenta y compone el tiempo,
 Adora y pinta la fama?
 Eres mucho para vista,
 Fueras mucho para amada;
 Pero con las veras hielas,
 Y con las burlas abrasas.
 Audalla vuelve á correr,
 Estremo de gala y armas,
 Tú le alabas, y él te adora,
 Para que le adores basta. —
 Esto á Zara le decia,
 Viendo en Granada unas cañas,
 Záfira la de Antequera,
 Y así la responde Zara:
 — ¿Qué necesidad me encareces?
 ¿Qué extremo de galas y armas,
 De mis querellas principio,
 Y fin de mis alabanzas?
 ¡Qué mal informada vives!
 ¡Qué poco sabes de Audalla!
 ¡Qué de verdades desmienten
 A sus apariencias falsas!
 Irá muy firme en la silla,
 Porque es el correr mudanza,
 Su lanza segura rige
 Peligrosa mano varia.
 Tantas damas son las suyas,
 Que si de todas alcanza
 Solo un punto de favor,
 Podrá matizar diez mangas:
 Pára aquí y allí la yegua;
 Su voluntad nunca pára;
 Humildes mesurás finge
 Con alma rebelde, ingrata;
 Facilidades humildes
 Le ocupan, sabiendo Audalla
 Que á disfavores humildes
 Bajos favores no igualan.
 Yo confieso que me burlo;
 Confiesa tú que es hazaña
 Pasar de amor los peligros
 Con mil cautelas de guarda.
 Záfira, tú convaleces,
 El aire colado pasa,
 Esta sala está muy fria,
 Volvámonos á la cuadra.

ROMANCE DE SALER ZEGRI.

Mientes, y si acaso el rey
 Los ampara en esta causa,
 En su cara le diré
 Al rey que me lo levanta
 Por no pagarme el servicio
 Que debe á mi brazo y lanza,

Creyéndose de quien quiere
 Acreditarse con gracias.
 Por la puerta de palacio,
 Los ojos vueltos en brasa,
 Bravo y furioso Saler
 Sale empuñando la espada.

— ¿No saben los Bencerrages,
 Dice volviendo la cara,
 Que no sufren los Zegries
 Que les toquen en la fama?
 Mienten otra vez, les digo,
 Y repito estas palabras
 Por si hay tan valiente alguno,
 Que de lo dicho se agravia.
 ¿Qué cristianos habeis muerto,
 O escalado qué murallas?
 ¿O qué cabezas famosas
 Habeis presentado á damas?
 ¿Cuándo vencisteis alguno
 De los de la cruz de grana?
 ¿Pensais que empuñar gineta
 Es como volar las cañas?
 En el usurpado escudo
 Blasonais de las hazañas,
 ¿Dónde están los coroneles
 De reyes que os deben parias?

Finalmente, ¿qué habeis hecho
 Para decir en las plazas,
 Y ante el rey, que los Zegries
 Mejor que lo hacen hablan?
 Y cuando de noche estáis
 Durmiendo en las blandas camas,
 ¿Quién si no son los Zegries
 Salen á hacer cabalgadas?
 Cuando los cristianos vienen
 Sobre vuestra hacienda y casa,
 ¿A quién acudis, los moros,
 Vertiendo los ojos agua?
 Sepa vuestro bando junto
 Que á todo junto en campaña
 Le daré á entender que soy
 Zegri, si todo me aguarda:
 Y si por ser yo no osais,
 Escogé en toda Granada
 El menor de los Zegries,
 Que él os dirá quien se alaba.

ROMANCES DE ADULCE.

I.

Aquel moro enamorado,
 Que de las batallas huye,
 Mal parece que en palacio
 Honroso lugar ocupe:
 El que al maestro no ha dado
 Entre las bermejas cruces
 Bote de lanza ó flechazo,
 Con valientes no se junte:
 El que á su competidor
 Favor conocido sufre,
 Con el duelo de amadores
 Comedidamente cumple:
 El que no dice en las plazas,
 Cautivos cristianos truje,
 Que están sirviendo á mi dama,
 De galanes no murmure:
 El que no saca en las fiestas
 Cuadrilla y galas azules,
 No embrace adarga de fe,
 Ni lanza gineta empuñe. —
 Esto dice Abindaraja,
 Ultrajando al moro Adulce,
 Enemigo de Albenzaide,
 Que baldonalle presume:
 Bajezas contaba de él,
 Que tan infames costumbres
 Aun no pudieran hallarse
 En los alarbes comunes.
 Habia zambra en palacio,
 Y casábase aquel lunes
 Aja, la prima del rey.

Con un infante de Túnez.
 Galvana la cordobesa
 Era gran cosa de Adulce,
 Y viendo que son malicias
 Las faltas que le atribuye,
 A Abindaraja responde:
 — ¿Tú piensas que de las nubes
 Bajó tu moro Albenzaide?
 Pues ruégote que me escuches.
 Adulce, de sangre real,
 Tiene el vencer por costumbre,
 Y es el lugar mas honroso
 Cualquiera lugar que ocupé.
 Cuando el hierro de su lanza
 Allá en la Vega reluce,
 No está seguro el maestro,
 Aunque sus valientes junte.
 Alguno que compra esclavos
 Ha dicho: «Cautivos truje,
 A fuego y sangre ganados,»
 ; Bien haya quien de él murmure!
 No compite con los hombres,
 Tampoco bajezas sufre
 De amadores generales,
 Que con mil galanes cumplen.
 Brocados saca á las fiestas,
 No tafetanes azules,
 Como algunos, que es vergüenza
 Que lanza gineta empuñen.
 Vale Adulce por mil moros
 Como Albenzaide; no busques
 Alguna ocasion forzosa
 En que la cara le crucen.

Finalmente, ¿qué habéis hecho
Para decir en las plazas,
Y ante el rey, que los Zegries
Mejor que lo hacen hablan?
Y cuando de noche estáis
Durmiendo en las blandas camas,
¿Quién si no son los Zegries
Salen á hacer cabalgadas?
Cuando los cristianos vienen
Sobre vuestra hacienda y casa,
¿A quién acudis, los moros,
Vertiendo los ojos agua?
Sepa vuestro bando junto
Que á todo junto en campaña
Le daré á entender que soy
Zegri, si todo me aguarda:
Y si por ser yo no osais,
Escogé en toda Granada
El menor de los Zegries,
Que él os dirá quien se alaba.

E ADULCE.

Con un infante de Túnez.
Galvana la cordobesa
Era gran cosa de Adulce,
Y viendo que son malicias
Las faltas que le atribuye,
A Abindaraja responde:
— ¿Tú piensas que de las nubes
Bajó tu moro Albenzaide?
Pues ruégote que me escuches.
Adulce, de sangre real,
Tiene el vencer por costumbre,
Y es el lugar mas honroso
Cualquiera lugar que ocupé.
Cuando el hierro de su lanza
Allá en la Vega reluce,
No está seguro el maestro,
Aunque sus valientes junte.
Alguno que compra esclavos
Ha dicho: «Cautivos truje,
A fuego y sangre ganados,»
; Bien baya quien de él murmure!
No compite con los hombres,
Tampoco bajezas sufre
De amadores generales,
Que con mil galanes cumplen.
Brocados saca á las fiestas,
No tafetanes azules,
Como algunos, que es vergüenza
Que lanza gineta empuñen.
Vale Adulce por mil moros
Como Albenzaide; no busques
Alguna ocasion forzosa
En que la cara le crucen.

Si á Adulce quisiste bien,
Si no te quiso, concluye
Con olvidalle callando,
No me agravies ni le culpes,
Que á no estar adonde estamos,
El cuchillo de mi estuche
Esa lengua te cortára,
Porque con ella no injuries. —
Levantóse Abindaraja
Diciéndola: — No te burles,
Porque aquí me vengaré
De quien aquí me lo jure. —
Alborotóse el palacio,
Reduanes y Gazules,
Zulemas y Abencerrages,
Que son los bandos ilustres,
Salieron desafiados:
Albenzaide retó á Adulce,
Que á guisa de caballeros,
Y valientes andaluces,
Al campo se salgan solos,
Y despues que desmenucen
Sus lanzas largas y gruesas,
Y á las espadas se ajuntén;
El caballero animoso,
Que al otro en tierra trabuque,
Pueda gozar de su dama
Conforme el padrino juzgue.
; Oh maldito seas, amor,
Que no hay bien que tú no mudes,
Ni cordura tan fundada
Que mil veces no la turbes!
Escubres públicos zelos,
Y amor secreto descubres;
Con ciertas enemistades,
Terribles marañas urdes:
Tiempo vendrá que las damas
Contra tu poder se aúnen;
Pero sepamos ahora
Cómo esta guerra concluye.

II.

La noche estaba esperando,
Y apenas cierra la noche,
Cuando el fuerte moro Adulce
A su casa se recoge.
De esperanzas viene rico,
Pero de ventura pobre,
Porque aunque son verdaderas,
No habrá lugar que las goce.
Armándose estaba el moro;
Mas no contra sinrazones,
Que estas no tienen defensa
En hidalgos corazones;
Porque como no las hacen,
Ni las temen ni conocen,
Y aunque es grande honor vengallas,
No ha de ser con todos hombres.

Seguro estaba y contento
Con las sombras de la noche,
Que le fuera claro día,
Y ocasion de nuevo nombre,
A no prendello el alcaide
Con falsas informaciones,
O con alguna ocasion,
Que es la moneda que corre,
Por quien el peso y la espada
No es mucho que caiga y corte,
Y que la vara derecha
Una y mil veces se doble.
Dicen que se halló en la muerte
Del infeliz Agramonte,
Y que se trazó en su casa,
Acogiendo los traidores.
Desarman al moro luego,
Y enciérranlo en una torre,
Armándose de paciencia
Contra agravio tan enorme,
Y paseando por ella,
Él mismo se habla y responde,
Que como no tiene yerros,
No le pusieron prisiones.
Mirando está las paredes
Que lo cercan y le esconden,
Las relucientes estrellas
Que le fueron claros soles,
Cuya luz anticiparon
Dando nuevos respaldores,
Para ser testigos fieles
Del fin de sus pretensiones.
— ¡Ay Aja! dijo, ¿qué es esto,
Que siempre son tus favores
Prueba de mi desventura,
Que la publican á voces?
¿Qué sirve esperar el bien
Y procurar ocasiones,
Si la libertad me quitan
Solo porque no los logre?
Desto, hermosa Aja, ¿añero
Que estaremos ya conformes,
Porque á no ser esto así,
No me prendieran entonces;
Pues solo para que viera
Que viene á menos tu nombre,
Me sobrará libertad,
Porque en desdichas me sobre. —
Desta suerte se quejaba
Adulce, cuando á la torre
Le van á ver sus amigos,
Todos valientes y nobles.

III.

En la prision está Adulce
Alegre, porque se sabe
Que está preso sin razon,

Y le quieren mal de balde.
 Esto es causa que en el moro
 Es la pena menos grave,
 Pues no quiere libertad,
 Si con ella han de culpalle.
 Piensan que ha de hacer por fuerza
 Lo que de grado no hace,
 Enmudeciendo las leyes
 Para que los mudos hablen.
 Arrimado está á una reja
 Que hace mas fuerte la cárcel,
 Pena un tiempo de traidores,
 Castigo ya de leales.
 Alzó los ojos al cielo,
 Temiendo que se le cae,
 Y dijo: — Siempre padezco
 Por leal y por amante.
 ¡Ay Aja ingrata! ¿qué es esto,
 Que en medio de mis pesares
 Hallo viva la memoria
 De mis bienes y mis males,
 Y todo porque no pueda,
 Ingrata, desengañarme,
 Pues con quererte en naciendo,
 Pienso que te quise tarde?
 A otra reja me vi asido
 Mas baja, porque alcanzase
 Las promesas de tu boca,
 Puesto que ya no se guarden.
 ¿Cómo quieres, di, que crea
 Que el aire se las llevase,
 Estando los dos tan cerca
 Que apenas pasaba el aire?
 ¿Cómo no te desengañas
 De que así quise engañarte,
 Si en medio de los favores
 Siempre me viste cobarde?
 ¡Agora, ingrata, te pesa
 De que te sirva y te ame,
 Y no quieres ser querida
 Quizá por desobligarte!
 ¿Quién derribó por el suelo
 El edificio admirable
 Que alzó amor á las estrellas,
 De que apenas hay señales?
 Déjame de sus ruinas
 Una piedra, que declare
 La mudanza que hizo el tiempo,
 Sin poder jamas mudarme.
 Mucho debo á sus amigos;
 Todos dicen que me guarde,
 ¿Mas de qué sirve, ¡cruel!
 Si viene el consejo tarde?
 ¿De qué aprovecha el socorro,
 Y que todo el pueblo llame,

Si está la casa abrasada
 Cuando la campana tañen?
 ¿Quieres, ingrata, que pierda
 El premio de ser constante,
 Y que si es la causa firme,
 Que la pena sea mudable?
 No, para tanta belleza
 No hay tormento que sea grave,
 Pues la ofensa dé quererte
 Se defiende con amarté.
 Los ojos vuelve, enemiga,
 Y podrá ser que esto baste,
 Pues para corta ventura
 Cualquier favor será grande.
 Verás lo mucho que quiero,
 Y lo poco que me vale,
 Y que no es bien que me pierda,
 Donde es justo que me gane.—
 Llamaron en esto al moro,
 Que lo esperaba su page,
 Que venia muy contento
 Con una carta que trae,
 Donde Adalifa le escribe
 El pésame de sus males,
 Y Adulce dijo: — ¡Qué importa,
 Si Aja gusta que me acaben!

IV (1).

Al camino de Toledo,
 Adonde dejó empeñada
 La mitad del alma suya,
 Si puede partirse el alma,
 Se sale Zaida la bella,
 Y á su pensamiento encarga
 Que se entregue á sus suspiros,
 Y á ver á su Adulce vaya:
*Que ausencia sin mudanza
 Comienza en celos, y en morir acaba.*
 A cualquiera pasajero
 Que se detenga le manda,
 Y si á Toledo camina,
 Llorando le dice Zaida:
 — ¡Venturoso tú mil veces,
 Y yo sin dicha otras tantas!
 Tú porque vas á Toledo,
 Y yo por quedar en Sagra:
Que ausencia, etc. —
 Adulce, que en su memoria
 Está mirando la estampa
 Que pintaron sus deseos,
 Como en el alma la aguarda,
 Al dolor de Zaida bella
 Con triste llanto acompaña,
 A sus suspiros con quejas,

(1) Este romance habla de un Adulce toledano, distinto del de los anteriores.

Con voce
 Que aus
 — ¡Ay
 ¿Quién c
 ¿Qué res
 A los mi
 ¿Cómo r
 Por la gl
 Tu verd
 Tu favor
 Que aus
 A tu i
 Y sin du
 En triste
 De habe
 Imagino
 Y como
 Contra
 La huy
 Que aus

Batié
 Con los
 Y las r
 Porqu
 En un
 Que tr
 Por la
 Viene
 — Al
 Suene
 Deja
 Y el b
 Socorr
 Y libr
 No se
 Dejad
 Porqu
 En tal
 Al ar
 Ant
 Al gu
 Que a
 Hoy a
 Que e
 Y pel
 Se su
 Confo

Si está la casa abrasada
 Cuando la campana tañen ?
 ¿Quieres, ingrata, que pierda
 El premio de ser constante,
 Y que si es la causa firme,
 Que la pena sea mudable?
 No, para tanta belleza
 No hay tormento que sea grave,
 Pues la ofensa dé quererte
 Se defiende con amarte.
 Los ojos vuelve, enemiga,
 Y podrá ser que esto baste,
 Pues para corta ventura
 Cualquier favor será grande.
 Verás lo mucho que quiero,
 Y lo poco que me vale,
 Y que no es bien que me pierda,
 Donde es justo que me gane.—
 Llamaron en esto al moro,
 Que lo esperaba su page,
 Que venía muy contento
 Con una carta que trae,
 Donde Adalifa le escribe
 El pésame de sus males,
 Y Adulce dijo: — ¡Qué importa,
 Si Aja gusta que me acaben!

IV (1).

Al camino de Toledo,
 Adonde dejó empeñada
 La mitad del alma suya,
 Si puede partirse el alma,
 Se sale Zaida la bella,
 Y á su pensamiento encarga
 Que se entregue á sus suspiros,
 Y á ver á su Adulce vaya:
*Que ausencia sin mudanza
 Comienza en zelos, y en morir acaba.*

A cualquiera pasagero
 Que se detenga le manda,
 Y si á Toledo camina,
 Llorando le dice Zaida:
 — ¡Venturoso tú mil veces,
 Y yo sin dicha otras tantas!
 Tú porque vas á Toledo,
 Y yo por quedar en Sagra:
Que ausencia, etc.—

Adulce, que en su memoria
 Está mirando la estampa
 Que pintaron sus deseos,
 Como en el alma la aguarda,
 Al dolor de Zaida bella
 Con triste llanto acompaña,
 A sus suspiros con quejas,

ledano, distinto del de los anteriores.

Con voces á sus palabras:
Que ausencia, etc.
 — ¡Ay Zaida del alma mía!
 ¿Quién de mis ojos te aparta?
 ¿Qué respetos mal nacidos
 A los míos acobardan?
 ¿Cómo no trueco la vida
 Por la gloria que me llama,
 Tu verdad y mis deseos,
 Tu favor y mi esperanza?
Que ausencia, etc.
 A tu imágen hablo en sueños
 Y sin duda que me hablas
 En triste llanto deshecha,
 De haberme apurado en llamas.
 Imagino que te acercas,
 Y como el llanto no basta
 Contra tan inmenso fuego,
 La huyo por no abrasalla.
Que ausencia, etc.

Luego zeloso me finjo,
 Sospechando que á mis ansias
 Busco segundo remedio,
 Cansado de apaciguallas.
 Agraviado la has, responde,
 Tu fantasía te engaña,
 Que salud de ageno gusto
 Al gusto del alma estraga.
Que ausencia, etc.

Zaida, espera en la fortuna
 Y en el tiempo que no pára,
 Y á entrambos los trueca el mundo
 Con la rueda y con las alas;
 Y anima tu pecho tierno
 Para que con vida salgas
 Deste golfo de tormento,
 Sin que digan por tu causa,
*Que ausencia sin mudanza
 Comienza en zelos, y en morir acaba.*
Comienza en zelos, y en morir acaba.

ROMANCES

DEL ALCAIDE DE MOLINA.

I.

Batiéndole las hijadas
 Con los duros acicates,
 Y las riendas algo flojas,
 Porque corra y no se pare,
 En un caballo tordillo,
 Que tras de sí deja el aire,
 Por la plaza de Molina
 Viene diciendo el alcaide:
 — *Al arma, capitanes,*
Suenen clarines, trompas y atabales.
 Dejad los dulces regalos,
 Y el blando lecho dejadle:
 Socorred á vuestra patria,
 Y librad á vuestros padres.
 No se os haga cuesta arriba;
 Dejad el amor suave,
 Porque en los honrados pechos
 En tales tiempos no cabe.
Al arma, capitanes, etc.
 Anteponed el honor
 Al gusto, pues menos vale;
 Que aquel que no le tuviere
 Hoy aquí podrá alcanzalle;
 Que en honradas ocasiones
 Y peligros semejantes,
 Se suelen premiar las armas
 Conforme el brazo pujante.

Al arma, capitanes, etc.
 Dejad la seda y brocado,
 Vestid la malla y el ante,
 Embrazad la adarga al pecho,
 Tomad lanza y corvo alfange;
 Haced rostro á la fortuna;
 Tal ocasion no se escape;
 Mostrad el robusto pecho
 Al furor del fiero Marte.
Al arma, capitanes, etc.—
 A la voz mal entonada,
 Los ánimos mas cobardes,
 Del honor estimulados,
 Ardiente en cólera salen
 Con mil penachos vistosos
 Adornados los turbantes,
 Y siguiendo las banderas
 Van diciendo sin pararse:
Al arma, capitanes, etc.
 Cual tímidas ovejuelas,
 Que ven el lobo delante,
 Las bellas y hermosas moras
 Llenan de quejas el aire,
 Y aunque con femenil pecho
 La que mas puede mas hace,
 Pidiendo favor al cielo
 Van diciendo por las calles:
Al arma, capitanes, etc.
 Acudieron al asalto

Los moros mas principales,
Formándose un escuadron
Del vulgo y particulares;
Y contra dos mil cristianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repiendo en su lenguaje:
*Al arma, capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.*

II.

El alcaide de Molina,
Manso en paz y bravo en guerra,
Con sus capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De do volvió victorioso
Sin daño y con grande presa
De cautivos bautizados
Y de cristianas banderas.
Entró por la puerta el moro,
Y corriendo á media rienda,
A la calle de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores,
Celinda salió á una reja,
Diciendo furiosa y loca:
—Si tú tuyieras vergüenza,
Ni correras en mi calle,
Ni paráras en mi puerta.
¡Mal haya Celinda mora,
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra!
Por ser tu alfange temido,
Mas que no por tu nobleza,
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia,
Sin considerar primero
Que es claro que no conciertan
Con entrañas de diamante
Entrañas que son de cera.
¿Qué importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al son de pífano ronco
En furia y odios los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas;
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta.
Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras,
Que pues en tanto las tienes,
Menos soy, y mas son ellas.
Cínete tu corvo, alfange,
Embrázate tu rodela,

Y llama á tu fiel Acates,
Que te lleva las saetas:
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega,
En tu caballo el tordillo
Y en tu fronteriza yegua:
Tala los cristianos panes,
Roba las cristianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza:
Deja á Celinda del todo,
Pues muchas veces la dejas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos
Mi soledad y tu ausencia.—
Esto dijo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el moro
De poderla dar respuesta.
Colérico de lo oído,
Apretando entrambas piernas,
Furioso corrió al castillo,
Suspenso entre culpa y pena.

III.

Tambien soy Abencerrage
De los buenos de Granada,
Y tambien me ví en la Vega
Con el de la cruz de grana:
Tan presto acudo á sus reales
Como algunos á las zambras,
Y me precio de mi alfange,
Como otros de su dulzaina:
Si puedo hablar en consejo
Pregúntenselo á mi lanza,
Que ella da fe de mis obras:
Veisla aquí, Zegries, hablada.
No porque vivo en Castilla,
Y fuera de esta comarca,
Es menos fuerte mi brazo,
Ni son menos mis palabras.
Acaso ¿cuál de vosotros
Dejó como yo su patria
Por vivir entre cristianos,
Siempre alerta, y siempre al arma?
¡Mal haya quien os consiente,
Cobardes, estar en casa,
Sardanapalos de amor,
Ya danzando, ya entre damas!
¡Bien con esos ejercicios
Vuestras fronteras se guardan,
Y de los contrarios reinos
Bien los sembrados se talan!
A mí toca, no á vosotros,